¡Nunca más en jueves!

Comedia en dos actos

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención.)

MANUEL, *45 años*.

CLAUDIA, *23 años*.

MARÍA, *40 años*.

CARLOS, *45 años*.

Descripción de escena

La acción transcurre en el saloncito de un apartamento, residencia de DON MANUEL HIDALGO**, profesor de Universidad. Por la apariencia de la estancia se adivina que la decoración ha corrido a cargo de un profesional del ramo, puesto que, sin desmerecer en el conjunto, se echa de menos un toque personal o una mano femenina; todo es moderno, todo es confortable, todo es convencional... Un apartamento de soltero, claro.**

Hay una puerta al foro derecha, por la que se accede al piso directamente desde el exterior. Una salida en primer término izquierda conduce a lo que no se ve del apartamento, que se supone bastante reducido.

Como elementos imprescindibles, un sillón amplio colocado en primer término de espalda al lateral derecha, con una lámpara de pie junto a él a un lado, y un revistero al otro. Un sofá sobre el foro, una mesita con teléfono, y algún mueble que soporte libros, unas botellas y vasos. El resto del mobiliario y detalles, acorde con el gusto y moda del momento.

Los términos derecha e izquierda vistos desde el público.

Acto I

Escena I

MANUEL**, después** CLAUDIA.

Al levantarse el telón, MANUEL**, sentado en el sillón, corrige ejercicios algo abstraído. De unos cuarenta y cinco años, elegante, apuesto y algo despistado, imparte Derecho Constitucional a estudiantes de Cuarto Curso, causando estragos emocionales sin proponérselo entre sus alumnas. Viste de ir por casa y no parece esperar a nadie.**

Suena el timbre del teléfono.

MANUEL.- ¡Vaya hombre, qué inoportuno es siempre el teléfono!

(Con desgana deja el sillón, va junto al teléfono y descuelga.)

¿Dígame?... ¿Diga?... ¡Mira, han colgado!

(Al tiempo que cuelga y vuelve al sillón.)

(Alguien se equivoca al marcar, y al oír la voz del que contesta se da cuenta de su error y cuelga... Lo correcto sería disculparse en vez de dar la callada por respuesta, pero está claro que nadie lo hace así... Este país necesita un baño de normas «de urbanidad y convivencia».)

(Sigue con su tarea interrumpida.)

(Vuelve a sonar el teléfono.)

(Sin moverse de su sitio.) ¡Caramba! ¿Será el de antes que insiste, otro nuevo que se equivoca, o alguien que de verdad quiere hablarme? **(Pausa breve.)** Por lo que persevera parece que tenga interés...

(Como antes deja el sillón, va junto al teléfono y lo descuelga sin demasiado entusiasmo.)

Sí, dígame... ¡Hola, Carlos! ¿Eres tú?... Es verdad, quién sino iba a ser a estas horas. Bueno, pues tú dirás. **(Pausa breve.)** ¡No, qué va!, estoy atareadísimo corrigiendo exámenes y deseando terminar para disfrutar mis vacaciones. **(Pausa.)** No, no, de viajar nada. Un verdadero descanso sólo se consigue en casa, acostándote cuando tienes sueño y levantándote cuando te despiertas; y entre ambas cosas procurando no preocuparte por nada. **(Pausa breve.)** Sí, ¡que te lo crees tú! Ya sabes que a mí ese follón de apreturas y exceso de decibelios me agobia bastante... ¡Si divertirse es sólo eso!... Ya, claro, pero faltan precisamente «las féminas»... Acepto lo de que soy un poco soso, pero, hijo, las chicas que tú conoces... Claro, pues por eso. De todos modos ya te he dicho que estas vacaciones las necesito para «cargar pilas» como dicen mis alumnos. **(Pausa breve.)** Lamentablemente para ellos, bastantes me van a tener que soportar de nuevo durante el próximo curso. Sí... Lo malo es que hay tres o cuatro que ya repitieron, lo que significará vernos las caras tres años consecutivos... No, no es agradable, porque uno acaba preguntándose si no tendrá parte de culpa en que no aprueben. **(Pausa breve.)** Bien, si no querías otra cosa voy a continuar con lo mío a ver si acabo… ¡Que no, pesado!... Además, a mí la amiga de tu amiga «no me motiva», ¿no se dice así? ¡Oye, como tú quieras!, no vayas a creer que me molesta que vengas, pero ni aunque lo hagas me vas a convencer para que os acompañe. **(Pausa breve.)** ¡Vale, vale, pesado!, pues ven si quieres, pero tómate algo de tiempo a ver si así termino con lo que estoy haciendo... Vale, sí... «Chao»... Un abrazo. **(Cuelga.)**

(Inicia el regreso a su sillón, y antes de llegar se detiene, vuelve al teléfono y lo descuelga, dejándolo sobre la mesita. Va hasta el sillón y se sienta.)

Veamos si, con un poco de suerte, puedo corregir lo que me falta sin que nadie me interrumpa. **(Se abstrae momentáneamente en el trabajo.)**

(Suena el timbre de la entrada.)

(Sin cambiar de postura.) ¡Anda!, ¿y ahora, qué?...

(Vuelve a sonar el timbre.)

¡Está visto que hoy no termino la tarea!

(Se levanta, deja los papeles sobre el revistero y abre la puerta.)

(En el quicio aparece CLAUDIA**. Es alumna de** MANUEL**. Tiene veintitrés años que parecen más, resultando un bombón por donde se la mire. Viste moderna, aunque con gusto, y se comporta con innegable intención de «ligarse al profe».)**

CLAUDIA.- Buenas tardes, ¿puedo entrar?

(Entra sin esperar, yendo a situarse al centro de escena.)

MANUEL.- **(Perplejo, cuando ya ha entrado, y con la mano todavía en el asidero.)** Sí, claro, no faltaba más… pase, pase.

CLAUDIA.- ¿No piensa cerrar?

MANUEL.- ¿Cómo?...

CLAUDIA.- La puerta. Si la va a dejar abierta.

MANUEL.- **(Reaccionando.)** ¡Ah, no!, por supuesto.

(Cierra la puerta y se situará junto al sillón, mirando a CLAUDIA **entre confuso y admirativo.)**

Bueno... Usted dirá a qué se debe su presencia...

CLAUDIA.- **(Burlona.)** ¡Cuánta formalidad! ¿Es así como trata en su casa a una vieja conocida?

MANUEL.- **(Sobreponiéndose.)** Veamos. Si no recuerdo mal, usted es la señorita Máñez...

CLAUDIA.- **(Rápida.)** Claudia, por favor.

MANUEL.- Claudia Máñez. Alumna mía de Constitucional en Cuarto Curso de Derecho.

CLAUDIA.- **(Puntualizando.)** Por segundo año consecutivo.

MANUEL.- Eso.

CLAUDIA.- De ahí que sea una vieja conocida.

MANUEL.- ¡Ya! ¿Y... le puedo preguntar cuál es el motivo de su visita?

CLAUDIA.- **(Maliciosa.)** ¡Caray! ¡Qué directo es usted!, ¿eh?...

MANUEL.- ¿Perdón?... No la entiendo.

CLAUDIA.- Quiero decir que a una mujer no se le pregunta, así de sopetón, a qué viene a casa de un hombre... ¡Imagínese si yo le respondiera con la misma rapidez!

MANUEL.- Mire, señorita Máñez...

CLAUDIA.- Claudia.

MANUEL.- Claudia. Me parece irregular que se haya usted atrevido a venir a esta casa donde jamás suelo invitar a mis alumnos, y precisamente el preciso día en que estoy corrigiendo los exámenes de fin de curso.

CLAUDIA.- ¿De verdad? Pues yo lo considero de lo más natural. ¿No me va a invitar a sentarme?

MANUEL.- **(Sin pensarlo.)** Sí, claro...

(Rectificando rápido al tiempo que ella, decidida, va hasta el sofá adoptando una postura provocativa al sentarse.)

No; quiero decir... que tal vez sería mejor que no se sentase...

CLAUDIA.- **(Por el teléfono.)** ¿Estaba usted hablando con alguien?

MANUEL.- Pues no... Es que lo he dejado descolgado mientras trabajaba, por lo de las «inoportunidades».

CLAUDIA.- **(Sin darse por aludida.)** Muy mal hecho. Imagínese que alguien tuviera necesidad de contactar con usted.

MANUEL.- No es ese el caso...

CLAUDIA.- **(Sin esperar a más lo cuelga.)** ¡Qué sofá tan confortable! **(Mirando al entorno.)** ¿Sabe que tiene un apartamento precioso? ¡Qué gozada de pisito!... No le falta detalle, ¿eh? ¡Hay que ver cómo vive el profesorado hoy en día!...

MANUEL.- **(Resignado.)** Usted gana...

(Sentándose en el sillón.)

Estoy dispuesto a escucharla **(Cortándola con un gesto.)**, pero le ruego que sea breve porque he de terminar mi trabajo.

CLAUDIA.- ¡Hay que ver lo en serio que se toma usted el trabajo!... Si es lo que nosotras decimos; tenemos un profesor que no nos lo merecemos. Tan competente, tan apuesto; tan profesional, tan guapo; tan serio y tan «guai»...

MANUEL.- Me... parece, que está usted empleando una mezcla inapropiada de adjetivos, ¿no cree?

CLAUDIA.- ¿Sí? Será que me ha traicionado el subconsciente. Y es lo que nosotras decimos...

MANUEL.- Perdón, al decir «nosotras», ¿a quiénes se refiere?

CLAUDIA.- A Merche, a la Gálvez, a Marisa y a mí, naturalmente.

MANUEL.- **(Algo irónico.)** Merche López, Luisa Gálvez, Marisa Rupérez y usted; Claudia Máñez.

CLAUDIA.- ¿Lo ve? ¡Qué maravillosa cualidad la suya para retener tantos nombres y apellidos!

MANUEL.- No crea, no es difícil en este caso; porque teniendo en cuenta que las cuatro repitieron este curso, es lógico que después de dos años nombrándolas...

CLAUDIA.- ¡Dos años! Ya ve cómo pasa el tiempo. Y parece que fue ayer cuando entramos por primera vez en su aula. Le aseguro que yo iba nerviosísima, porque no vea la de cosas que habían contado de usted.

MANUEL.- ¿Ah, sí?

CLAUDIA.- Ya lo creo. Sobre todo me habían asegurado que era peligrosísimo.

MANUEL.- **(Aparte.)** ¡Mira por donde!...

CLAUDIA.- Y es que en el trato con los hombres maduros hay que llevar siempre un cuidado...

MANUEL.- No sé dónde quiere ir a parar. Mire, joven...

(Se levanta. Algo descentrado va hasta donde están las bebidas, y mecánicamente se prepara un güisqui mientras interpreta.)

... me da la impresión de que su visita tiene una finalidad que no puedo aprobar en absoluto. Comprendo que repetir el curso suponga un serio perjuicio para el desarrollo normal de una carrera y de cualquier proyecto de futuro, pero está muy claro que el único responsable de esta situación es el propio estudiante que, manifiestamente, no ha dedicado al estudio el esfuerzo debido.

CLAUDIA.- **(Extendiendo la mano en el momento en que él termina de prepararse la bebida.)** Gracias.

MANUEL.- **(Mecánicamente le da el vaso.)**

(Al caer en la cuenta de que le ha dado «su» güisqui, resopla y va directo al sillón donde se sentará molesto consigo mismo.)

¡De nada!

CLAUDIA.- **(Con naturalidad.)** ¿Usted no toma uno?

MANUEL.- **(Seco.)** No. A mí no me apetece.

CLAUDIA.- Hace mal. El güisqui es un vasodilatador excepcional, desatasca las coronarias y previene el infarto.

MANUEL.- **(Aparte.)** ¡Infarto el que me va a dar a mí como esto continúe! **(Retomando el tono anterior.)** Le decía que no consagrarse al estudio conlleva no aprobar, y que de eso es solamente responsable el alumno. Yo acepto que todos puedan tener algún bajón en un momento de la carrera que les obligue a repetir un curso, lo cual debe doler bastante, y que el temor a enfrentarse de nuevo con esa tesitura les haga atreverse a intentar desesperadamente una solución digamos «no muy ética»... como, por ejemplo, visitar a un profesor «rogándole» que le apruebe.

CLAUDIA.- **(Rotunda.)** ¡No!

MANUEL.- ¿Cómo?...

CLAUDIA.- Que no ha entendido usted nada.

(Se levanta y pasea tranquila mientras interpreta, alternando sus frases con la acción de tomar algún trago corto del vaso que lleva en la mano.)

Su comentario sobre las obligaciones de los alumnos no es nuevo para mí. Al fin y al cabo yo no he sido otra cosa que estudiante desde que mi madre me llevó a la guardería. Desde que inicié mis estudios no he dejado de oír comentarios de los profesores, coincidiendo en que en la dedicación al estudio se encierra todo el secreto del triunfo.

MANUEL.- **(Asintiendo.)** Así es.

CLAUDIA.- Y claro, quiera una o no algo se va grabando en el subconsciente haciendo que le dediquemos al estudio más tiempo y esfuerzo del que estaríamos dispuestos a consagrarle. Ha sido expresión suya, esa de que «no consagrarse al estudio conlleva no aprobar», ¿no?

MANUEL.- Bueno, sí... Creo que he empleado esa expresión.

CLAUDIA.- Bien. Además la gente no suele estudiar porque sí, y menos una carrera como la mía, en la que el índice de paro es igual al número de estudiantes que terminan, incrementando el censo de abogados «en expectativa de empleo».

MANUEL.- El problema no es sólo para Derecho... también otras carreras...

CLAUDIA.- Lo que intento decir es que somos conscientes de lo que llevamos recorrido, de lo que estamos consiguiendo y del esfuerzo que aún nos queda por realizar.

(Toma un sorbo y deja el vaso sobre la mesita junto a la que permanecerá.)

(Empleando un tono más sugerente que hasta aquí.) Claro que todo lo que hemos dicho no dejan de ser generalidades, porque están además las circunstancias personales de cada una... Sus ilusiones y proyectos... Su índice de prioridades... **(Mirándole cálidamente.)** Sus afectos...

MANUEL.- **(Algo aturdido.)** Esto... No acabo de comprender sus últimas palabras.

CLAUDIA.- Pues están muy claras. **(Lanzada.)** ¿A usted no se le ha declarado nunca una mujer?

MANUEL.- **(Levantándose molesto.)** ¡Señorita!... Le ruego que no siga por ese camino.

(Paseando nervioso.)

Me disgusta su insinuación, y tal como me temía, ha venido a plantear la solución menos ética para conseguir un aprobado.

CLAUDIA.- **(Sonriente.)** ¿Ve como no ha entendido nada?

MANUEL.- ¿Ah, no?...

(Llegando junto al sillón.)

¡Así que no he entendido lo que se propone!...

CLAUDIA.- Mi querido profesor. Si yo lo que he venido a pedirle, «es que no me apruebe tampoco este curso».

MANUEL.- ¿Queeeeé? **(Se sienta desmadejado.)**

CLAUDIA.- **(Acortando algo la distancia.)** Así es. Suspender el año pasado me costó un esfuerzo terrible, porque hasta el momento de mi decisión llevaba unos parciales bastante buenos, y tuve que hacer barbaridades para ganarme los dos ceros que dejaron mi media por los suelos.

MANUEL.- ¿Eso que dice es verdad?

CLAUDIA.- Naturalmente.

MANUEL.- ¿Y por qué lo hizo?

CLAUDIA.- ¡Por qué iba a ser! **(Cómicamente soñadora.)** Necesitaba seguir viéndole allí, sobre la tarima que tanto le favorece, y repitiendo aquello de: «los Tribunales controlan la potestad reglamentaria y la legalidad de la actuación administrativa»... que tan bien suena en sus labios.

(Se aproxima algo más.)

MANUEL.- **(Violentísimo.)** Mire, todo eso es demencial. Estoy seguro de que me está haciendo víctima de una broma.

CLAUDIA.- **(Con una pequeña rabieta.)** ¡Hay que ver! ¡Por qué tienen que ser los hombres así!... ¿Pero no pueden aceptar que una mujer les diga lo que siente? ¿Es que todo ha de ser sólo como los hombres quieren que sea?...

MANUEL.- Le aseguro que no pretendo imponer ningún criterio. Lo que le pido es que deponga su actitud, y deje ya de tomarme el pelo.

CLAUDIA.- ¡Que no, don Manuel!, que todo lo que le he dicho es verdad... Haber repetido curso es lo mejor que me ha ocurrido en la vida y por eso, este año, quiero que me vuelva a suspender... **(Ya casi encima de él.)** para seguir junto a usted... Muy cerca de usted.

MANUEL.- **(Que por un instante ha estado muy próximo a sucumbir, reacciona poniéndose en pie y escabuyéndose como puede del abrazo que ella ha estado a punto de darle.)** ¡Claudia, por favor!... Un poco de seriedad.

CLAUDIA.- ¿Más?... Pero si esto es completamente serio… ¿De verdad no me cree? ¿Qué he de hacer para demostrárselo?

(Va directamente hasta él y se le cuelga al cuello.)

MANUEL.- **(En un estado de ánimo en que no sabe si comérsela a besos o salir corriendo.)** ¿Pero sabe usted lo que está haciendo? ¿Sabe que me está creando un terrible problema?

CLAUDIA.- **(Muy cálida.)** ¿Muy terrible?...

MANUEL.- **(Con enorme esfuerzo la separa de sí distanciándose un tanto. Señalando la puerta con el brazo extendido.)** Márchese, por favor. Le ruego que se vaya. Si sale ahora mismo de aquí, le prometo que no tendré en cuenta nada de lo que ha sucedido. Incluso olvidaré que ha venido. En cuanto a su ejercicio, que aún no he visto, cuando le llegue el turno ya veré qué hago... De verdad; le ruego que me deje solo.

CLAUDIA.- **(Que ha ido volviendo a la normalidad.)** Bien... va a ser muy duro para mí, se lo aseguro, pero si usted quiere que sea así… ¡Qué le vamos a hacer!... **(Interpretando con tono falsamente trágico.)** ¡Eran tantas las ilusiones que me había hecho para el próximo curso!... ¡Tendrá que pasar mucho tiempo para que puedan cerrar mis heridas!...

MANUEL.- ¡Vamos, vamos, señorita Máñez, por favor! No haga usted un drama de algo tan sin importancia...

CLAUDIA.- ¡Es fácil para usted tomárselo así a la ligera!... Pero le comprendo. ¡Habrá pasado ya por tantas situaciones similares... que una más!...

MANUEL.- **(Aparte.)** Sí, sí. ¡En la vida me había pasado nada igual!

CLAUDIA.- Bien. Habrá que ceder ante lo inevitable.

(Marcando el mutis semidecidida hacia la puerta de entrada.)

No le molesto más. Disculpe mi visita y descuide, que no hablaré a nadie de esta entrevista.

MANUEL.- **(Aliviado.)** Se lo agradezco, porque divulgarla por ahí no nos beneficiaría a ninguno de los dos.

CLAUDIA.- **(Deteniéndose tres pasos antes de llegar a la puerta, simulará un pequeño trastorno en un ojo.)** ¡Oh!... Creo que se me ha salido una lentilla... Perdone, don Manuel. ¿Le importaría permitirme utilizar un momento el cuarto de baño?

MANUEL.- **(Tras dudar un segundo.)** No hay inconveniente.

CLAUDIA.- Gracias. **(Señalando.)** ¿Es por ahí?...

MANUEL.- Sí. Siguiendo ese pasillo es la segunda puerta que hay a la derecha...

CLAUDIA.- **(Marca el mutis a la izquierda mientras sigue simulando.)** Gracias. Será un momento nada más.

(Hace mutis.)

MANUEL.- **(Al quedar solo.)** ¡Madre mía y qué apuro más inesperado!... ¡A quien se le diga!... **(Ponderativo.)** ¡Y encima con lo riquísima que está la criatura!...

(Va donde están las bebidas, se sirve una porción de güisqui y se lo tomará de dos sorbos seguidos.)

Escena II

MANUEL **y** MARÍA**, después** CLAUDIA.

En el momento en que está apurando el vaso se abre la puerta de la calle y entra MARÍA**. Es un personaje singular. De unos cuarenta años, está ya de vuelta en casi todo. Divorciada, sin hijos, universitaria, sensata en sus juicios cuando quiere, pasota casi siempre, ejerce de asistenta por horas. Viste de calle sin estridencias pero con gusto y lleva un bolso de esos enormes en los que se puede encontrar casi de todo.** MARÍA **ha abierto con su llavín dando por descontado que no había nadie en casa.**

MARÍA.- (**Al tiempo que cierra viendo a** MANUEL.) ¿Usted en casa?...

MANUEL.- **(Al que casi se le cae el vaso.)** Pero, ¡María!, ¡qué hace usted hoy aquí!

MARÍA.- ¡Cómo que qué hago aquí! Eso lo podría preguntar yo. ¿Cómo es que en horas de trabajo está usted en casa? ¿Es que está malo?

MANUEL.- ¡Ni malo ni nada! Estoy aquí porque se han acabado las clases y he venido para corregir los exámenes más tranquilo. Pero aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Cómo es que viene hoy a limpiar siendo miércoles?

MARÍA.- ¿Miércoles?... ¡Qué dice! Si miércoles fue ayer.

MANUEL.- ¡Vamos, mujer!, ¿me va a decir a mí en qué día estamos?...

MARÍA.- **(Sin responder va hasta el sofá, abre sobre él el bolso en el que buscará afanosamente hasta encontrar un monedero, del que saca un calendario que consulta mientras habla.)** ¡Hoy jueves! Cuarto día de la semana según la entendemos en España... Según los ingleses que son «algo raritos» los pobres, el quinto. **(Se lo muestra a distancia.)** Y no era necesaria comprobación porque los miércoles «como ayer» voy a casa del político de la suerte.

MANUEL.- **(Sin comprender.)** ¿Cómo?...

MARÍA.- Le llamo el de la suerte, porque se ha hecho millonario el tío gracias a la lotería.

MANUEL.- ¿Le ha tocado el gordo?

MARÍA.- ¡No qué va! Es el encargado de adjudicar las licencias, para montar administraciones de lotería y depósitos de quinielas.

MANUEL.- ¡No te digo! **(Queriendo zanjar el asunto.)** Bueno, María. De todos modos yo no la esperaba hoy y me interesa estar tranquilo y «solo». Así que si no le importa, vuelva mañana.

MARÍA.- ¿Mañana?, ¡ni hablar! **(Al tiempo que introduce calendario y llavín en el monedero, el cual volverá a guardar en el bolso.)** Como acordamos hace dos años, el jueves le hago la casa, y no puedo dedicarle otro día porque los otros cuatro de la semana los tengo comprometidos. Así que, o la arreglo hoy, o ya no vuelvo hasta el próximo jueves.

MANUEL.- **(Se ha ido poniendo nervioso, y mientras habla mira intranquilo a la izquierda, esperando ver aparecer a** CLAUDIA **de un momento a otro.)** Mujer, tampoco es eso... En todo caso, podría marcharse y volver luego más tarde... O el sábado, que no tendrá ninguna cosa que hacer...

MARÍA.- **(Con sorna.)** ¡Eso! O el domingo que también libro. ¡No te mata!... Mire **(Con tono pedagógico.)**: los sábados hago mi casa a primera hora, luego voy a la sauna y a la peluquería. Como de restaurante, paseo, veo cine en sesión de tarde, ceno donde me pilla al paso, y me voy de copas a algún «pab» de moda para explotar la sesión sabática del «estilista» y la «esteticien». ¿Quiere un sábado más aprovechado?

MANUEL.- **(Perplejo.)** ¡Vaya programa!... ¿Y el domingo?...

MARÍA.- **(Pasota.)** El domingo depende de a quién ligue el sábado noche.

MANUEL.- ¿Síííííí?...

MARÍA.- **(Más pasota.)** ¡Claro! Si cayó el Kevin Costner, a la playa, y si fue el Richard Gere, al campo. ¡No te amuela!...

(Recoge el bolso y marca el mutis a la salida de la izquierda.)

MANUEL.- **(La detiene interceptándole el paso.)** ¿Adónde va?

MARÍA.- **(Extrañada.)** Ahí dentro; a cambiarme y a por la aspiradora, ¿es que pasa algo?...

MANUEL.- No, no, nada... esto... Yo, yo le traigo la aspiradora...

(Precipitado y apurado hace mutis por el sitio indicado.)

MARÍA.- **(Al quedar sola, en un aparte.)** ¿Pero qué le pasará a este hoy? ¡Anda que no hay gente rara!...

(Vuelve al sofá donde deja el bolso, y comienza a quitarse el vestido que dejará sobre un brazo del mismo, quedándose en combinación. Luce un modelo muy moderno y sensual. Del bolso extrae una bata de rayadillo propia de asistenta y una bolsa de plástico que contiene un par de zapatillas. Dejando caer estas al suelo, se descalza y calzará empleando sólo los pies, mientras va desabotonando la bata que será lo último que se ponga. Una vez puesta y abotonada, recoge los zapatos que coloca en la bolsa de plástico y la mete en el bolso, que dejará junto al sofá.)

(A lo largo de toda la acción intercalará las siguientes frases.) Desde luego para conocer tipos pintorescos no hay nada como esta profesión... A los psicólogos deberían imponerles como asignatura en la carrera seis meses de limpieza a domicilio, ¡y anda que no iban a aprender nada!... Y a este que lo tenía yo como uno de los sensatos. Sí, sí, como normalmente sólo lo veo una vez cada mes cuando suelo esperarle para que me pague...

MANUEL.- (**Entra con una aspiradora que dará a** MARÍA.) ¡Ya está, aquí la tiene!

MARÍA.- **(Escéptica.)** ¡Ya!... Muy bien. ¿Y qué?... ¿Empiezo por aquí?

MANUEL.- **(Confundido.)** Pues sí... Usted sabrá...

MARÍA.- ¿Y la lavadora?

MANUEL.- ¿Perdón?...

MARÍA.- Digo que tendré que poner la lavadora para que vaya haciendo su marcha mientras limpio los suelos, ¿no?

MANUEL.- ¡Ah, claro! ¡Claro!... Yo mismo la enchufaré ahora y que vaya... haciendo eso.

MARÍA.- **(Mirándole escrutadora.)** Óigame, don Manuel. ¿Le ocurre algo?

MANUEL.- ¿A mí? ¡No, qué va! Es simplemente que pretendo ayudarla para que termine antes...

MARÍA.- **(Incrédula.)** ¡Ya!

(Cogiendo el enchufe de la aspiradora se dirige a algún punto del lateral izquierdo donde se habrá previsto colocar una toma de corriente. Antes de llegar quedará estática viendo aparecer a CLAUDIA**. Esta irrumpe en escena luciendo, como única vestimenta, una toalla rodeándole el cuerpo, sujeta bajo las axilas, y otra más pequeña que le recoge el cabello como si se lo acabara de lavar.)**

CLAUDIA.- **(Adoptando una pose cinematográfica.)** ¡Sorpresa!... **(Al percatarse de la presencia de** MARÍA **se queda inmóvil por el asombro.)**

MARÍA.- ¡Ahí va, qué cuadro!

MANUEL.- **(Abriendo los brazos, desolado.)** ¡Mi madre!...

CLAUDIA.- (**Reacciona creyendo que** MANUEL **señalaba a** MARÍA.) ¡Mira! Pues no representa la edad que debe tener... (**A** MARÍA.) Quiero decir que se le ve muy bien para tener un hijo como don Manuel...

MARÍA.- ¡Tu padre!

CLAUDIA.- ¿Cómo?...

MANUEL.- No, mujer, lo de «mi madre» ha sido una exclamación. (**Encarándose a** CLAUDIA.) ¿Me quiere decir qué significa esto? ¿Quién le ha dado permiso para vestirse así?...

MARÍA.- **(Con sorna.)** ¡Ah!, ¿pero va vestida? ¿Qué es, un modelito de cóctel o de fiesta?

CLAUDIA.- (**A** MANUEL.) Entonces, ¿esta señora?...

MANUEL.- **(Rotundo.)** ¡María! La asistenta.

CLAUDIA.- **(Con una graciosa inclinación.)** Encantada.

MARÍA.- (**Responde parodiando a** CLAUDIA.) Lo mismo digo.

MANUEL.- Señorita Máñez, ¿quiere responder a mi pregunta?

CLAUDIA.- **(Improvisando.)** Verá... Ha sido sin proponérmelo. Encontré esta toalla en el baño y se me ocurrió probármela...

MARÍA.- **(Irónica.)** Pues «le prueba mucho», ¿eh? Tal vez un poquito larga por detrás... pero eso se arregla con un dobladillito de nada.

CLAUDIA.- ¿Usted cree?

MARÍA.- Ya lo creo. Y en el «Vogue» dicen que se van a llevar mucho las toallas esta temporada.

CLAUDIA.- **(Asumiendo la ironía.)** ¡Qué bien!, ¿no?...

MANUEL.- **(Cortando la chanza.)** ¿Quieren callarse de una vez? **(Autoritario.)** Usted, María. Haga el favor de seguir con lo que estaba haciendo. Y usted, Claudia, ¿me va a dar una explicación convincente de su extraño proceder?

(MARÍA **al recibir la orden enchufa la aspiradora, y poniéndola en marcha hará como que trabaja con la cara vuelta hacia la pareja sin perderse detalle**.)

CLAUDIA.- Ya le he dicho cómo ha sido. Fue un impulso... sólo por ver cómo me sentaba... Y además porque creí que a usted le gustaría...

MANUEL.- **(Espontáneo.)** ¡Y tanto que me gusta! **(Rectificando.)** ¡Pues no, no me gusta nada!, y ahora mismo se quita usted esa toalla y se marcha a su casa.

CLAUDIA.- ¿Sin nada encima?...

(Con el ruido de la aspiradora ambos han ido aumentado el volumen de la voz.)

MANUEL.- ¿Cómo?...

CLAUDIA.- Que tendré que volver a vestirme, ¿no?...

MANUEL.- ¡María, por favor! ¿Quiere apagar ese aparato?

MARÍA.- ¡Sí «buana»!

(Lo apagará dándole al interruptor con el pie y permaneciendo expectante.)

MANUEL.- ¡Vaya lo que molesta ese maldito trasto!

CLAUDIA.- Sí, es verdad... Y eso que en el «espot» de la tele aseguran que todas son supersilenciosas.

MARÍA.- Pues si oyera la que tiene el jubilado al que voy los martes... Le suenan los cojinetes como si tuviera dentro un cascabel.

CLAUDIA.- ¡Caray!, pues será insoportable soportarla...

MARÍA.- Yo desde luego no la soporto.

CLAUDIA.- ¿Y cómo se las arregla con el ruido?

MARÍA.- **(Rotunda.)** ¡Canto! Más fuerte que el cojinete, claro.

CLAUDIA.- ¡Ah, ya! ¡Así cualquiera!

MANUEL.- **(Desesperado yendo a sentarse al sillón.)** ¡Esto es el colmo! En cuanto se juntan dos mujeres y empiezan a ponerse «trascendentes»...

CLAUDIA.- ¿Y en todas las casas que asiste hay aspiradora?

MARÍA.- Naturalmente. Aspiradora, enceradora, lavadora y secadora. Es obligatorio.

CLAUDIA.- ¿Sí? ¿Quién lo obliga?

MARÍA.- Yo, por supuesto. Sin electrodomésticos capaces no acepto ningún trabajo. ¡Pues menuda juerga si tuviera que hacer las casas sin contar con los medios adecuados!... Sería como volver a la Edad Media.

CLAUDIA.- Es verdad. Yo cuando tenga piso propio, lo equiparé con toda clase de electrodomésticos, para poder contratar una asistenta que me lo limpie cómodamente.

MARÍA.- Y hará pero que muy bien.

MANUEL.- **(Que ha estado atento a la cháchara, aparte.)** Lo que digo, un diálogo entre Sádaba y Savater resultaría insustancial comparado con este. (**Como abstraído mirando a** CLAUDIA.) La verdad es que Savater vestido sólo con una toalla...

MARÍA.- (**A** CLAUDIA.) Y dígame, ¿usted esto lo suele hacer muy a menudo?

CLAUDIA.- ¿El qué?...

MARÍA.- **(Señalando.)** Lo de probarse modelitos... Lo digo porque entre mis amigos tengo uno que diseña para una casa de modas y a lo mejor...

CLAUDIA.- **(Algo picada señalando el vestido del sofá.)** ¿Le ha diseñado él su vestidito?

MARÍA.- ¡No, qué va! Él es más íntimo con sus amigas. A mí me suele diseñar todas mis combinaciones.

MANUEL.- **(Aparte.)** ¡Cualquiera sabe en qué puede acabar esto!

CLAUDIA.- Y su amigo... ¿no le puede resultar peligroso?

MARÍA.- Para nada. Es maricón.

MANUEL.- ¡Hala! ¡Qué cruda es usted en sus expresiones!

MARÍA.- No me diga. ¿Le parece mal llamar a las cosas por su nombre?

MANUEL.- Mujer, hay distintas acepciones para un mismo término, que nos evitan ser tan contundentes.

MARÍA.- ¿Como sarasa, o mariquita?

CLAUDIA.- **(Riéndose.)** ¡Huy, a mí eso de sarasa me hace una gracia!...

MARÍA.- Pues a ellos seguro que no.

MANUEL.- Esos términos tampoco son muy afortunados porque suenan como a burla...

MARÍA.- Claro que es lo que la sociedad siempre hace con los maricas; o ignorarlos, o burlarse de ellos, y tanto en una como en otra ocasión, despreciarlos.

MANUEL.- Bueno... No creo que sea el momento de entrar en una disquisición social motivada por las desviaciones de algunos...

CLAUDIA.- Pues interesante sí que es...

MANUEL.- De todos modos, yo creo que la palabra más correcta es homosexual.

MARÍA.- ¿Ve? Pues el término homosexual sí me parece una mariconada.

MANUEL.- ¡Hala!, ¿no quieres caldo?; ¡dos tazas!

MARÍA.- (**A** CLAUDIA.) Lo que le digo; mi amigo el «diseñata» es, lisa y llanamente, maricón.

CLAUDIA.- ¡Pobre chico!

MARÍA.- De pobre nada. Que ahora, como está de moda ser «así», no vea cómo triunfa el mozo. Con decirle que le han salido dos propuestas serias para casarse...

CLAUDIA.- ¡No me diga!

MARÍA.- Sí, con dos señores la mar de bien situados. Los dos políticos y del mismo partido.

MANUEL.- ¡Lo que hay que oír!... **(Curioso.)** Diga, María, ¿y de qué partido son los pretendientes?

MARÍA.- Será mejor que no se lo diga por si le da un ataque de risa.

MANUEL.- **(Divertido.)** ¡Qué barbaridad!... ¡Quién iba a pensar que en ese partido hubieran maricas!...

CLAUDIA.- **(A** MARÍA**, extrañada.)** Pero, ¿ha nombrado usted el partido?

MARÍA.- ¡No, qué va! Lo que pasa es que don Manuel es muy sagaz y acierta siempre en sus suposiciones. **(Ponderativa.)** ¡Por algo es profesor de Universidad!

CLAUDIA.- Eso digo yo.

MANUEL.- No, mujer, no es eso. Lo que pasa es que, al poner como excusa lo del ataque de risa, he relacionado...

(Cortando, reacciona levantándose y empleando un tono decidido.)

¡Bueno, se acabó! Esta situación absurda se ha prolongado demasiado. Señorita Máñez: le doy tres minutos para que vuelva ahí dentro a cambiarse, y uno más para que se marche. No me haga tomar otro tipo de determinación que podría ocasionarnos a todos serios problemas.

MARÍA.- ¿A mí también?

MANUEL.- Con usted no va nada. Lo suyo es seguir con la limpieza, así que, a lo suyo, por favor.

MARÍA.- **(Dándole al interruptor con el pie.)** ¡Hala, María! ¡Para que vuelvas a preguntar!

MANUEL.- **(A** CLAUDIA**, que no se ha movido de donde estaba, señalándola con el dedo rígido.)** De sus tres minutos ya ha transcurrido uno, así que...

CLAUDIA.- **(Reaccionando rápida y marcando el mutis.)** Bien, bien. No se ponga usted así... Después de todo una no se ha negado a nada... ¡Qué hombre este!

(Hace mutis.)

MANUEL.- **(Hace un gesto como de descanso al verla desaparecer, y mira a** MARÍA **fastidiado por el ruido de la aspiradora.)** ¿Y a esa no le sonarán también los cojinetes?

MARÍA.- **(Que no ha dejado de observarle, para la aspiradora y le interpela.)** De verdad que si no tuviera ya programado el día, me largaba dejándole tranquilo para que pudiera seguir con su trabajo, pero...

MANUEL.- Si la comprendo... De todos modos, cuando se marche mi alumna puede usted emprender alguna otra tarea por ahí dentro, y así yo aprovecharé para seguir corrigiendo aquí, ¿no le parece?

MARÍA.- Por mí no hay inconveniente. No quiero que vaya a pensar que no soy una mujer comprensiva. **(Un tanto cómplice.)** Una se hace cargo de que a veces las cosas no salen como uno quisiera... pero claro, a mí aquí **(Remarcando.)** «me toca los jueves».

MANUEL.- **(Digno.)** Sigo percibiendo un tonillo en sus frases que no me gusta nada, y quiero que quede muy clara una cosa. Entre esa señorita y yo...

MARÍA.- **(Interrumpiendo.)** ¡«Porfa», don Manuel! ¡No vaya a pensar que me gusta entremeterme en las vidas ajenas!...

MANUEL.- Y aunque así fuera; es que entre mi alumna y yo no hay absolutamente nada. ¡Nada!, ¿comprende?

MARÍA.- **(Peyorativa.)** Basta con que usted lo diga. Y aunque no lo dijera, ¿por qué tenía yo que pensar mal?

MANUEL.- Naturalmente.

MARÍA.- Es normal que una alumna visite a su profesor, ¿no? ¿Qué de malo podría haber en ello?

(MANUEL **inicia un gesto de protesta que ella aborta en su comienzo**.)

Y tampoco tiene nada de particular que la chica se mueva a sus anchas por el interior de la casa, después de todo, ¿qué de malo iba a encontrar por ahí dentro?

(El mismo gesto de MANUEL **que ella corta.)**

Y si a la chica le gusta una toalla que hay en el baño, ¿qué de malo tiene que se la pruebe? Oiga, todo de lo más normal. Vamos, que nadie tiene por qué pensar mal puesto que cosas así suceden todos los días.

MANUEL.- Veo que es imposible explicarle a usted las cosas, por lo tanto será mejor que lo dejemos como está.

MARÍA.- Oiga. ¿Está usted dudando de mi capacidad de comprensión?

MANUEL.- ¡Ni mucho menos! ¡Cómo iba yo a dudar! Es más, estoy convencido de que es usted una persona con alto coeficiente de inteligencia. Me lo ha demostrado con su tesis sobre los maricas.

MARÍA.- Un poquito a coña suena su comentario, ¿no?

MANUEL.- De verdad que no ha sido esa mi intención.

MARÍA.- Pues le aclararé algo. La última vez que me hicieron un «ceí» me lo repitieron, porque se extrañaron de que lo diera tan alto.

MANUEL.- ¡No me diga! **(Interesado.)** ¿Y qué ocurrió?

MARÍA.- Que en la otra prueba di dos puntos más, o sea, ciento veintidós.

MANUEL.- **(Algo impresionado.)** ¡Pues es una buena marca!

MARÍA.- **(Seca.)** Lo sé.

(Sin añadir más comentario recoge los dos vasos utilizados que dejará sobre algún lugar, junto a un cenicero, como si lo reuniese todo para llevárselo a limpiar.)

(MANUEL **la observa atentamente mientras lo hace, como esperando que continúe su disertación. Al ver que no sigue, la interpela**.)

MANUEL.- ¿Y no me va a decir para qué le hicieron el «ceí»?

MARÍA.- ¿Debo?

MANUEL.- ¿Cómo dice?

MARÍA.- Que si debo decírselo. Que si entra en el sueldo.

MANUEL.- **(Cortado.)** Naturalmente que no... Usted es muy libre de reservarse su vida privada... Sólo faltaría que creyese que pretendo entremeterme.

MARÍA.- **(Distendida.)** No se mosquee, hombre. ¡Claro que se lo voy a decir!... Fue en la sucursal del banco en el que tengo mi libreta donde un día coincidí con el equipo de Dirección que, ensayando un nuevo sistema de publicidad, ofrecía «ceís» a todo el público. Como no me costaba nada, accedí a que me examinaran... Y dio el resultado que he dicho.

MANUEL.- Pues independientemente del sistema que empleen, que imagino será más o menos como todos, lo normal es sacar algunos puntos menos...

MARÍA.- Eso dijeron en el banco, y de ahí mi negativa.

MANUEL.- ¿Su negativa a qué?

MARÍA.- ¡Ah! ¿No se lo he dicho? **(Con sorna.)** Me quisieron contratar, ofreciéndome un puesto en el Consejo de Administración. ¡Lo que naturalmente no acepté!

(MANUEL **sonríe chasqueado, y con un gesto de circunstancias se dirige al sillón donde se sentará tras recoger los ejercicios. Sin más, comenzará a revisarlos**.)

(MARÍA **le mira de reojo tras recoger los vasos con una mano, y el bolso y vestido con la otra, y con un gesto sarcástico hace mutis por la izquierda. Al salir,** MANUEL **le lanzará una mirada asesina**.)

Escena III

MANUEL**,** CLAUDIA **y** CARLOS**, después** MARÍA.

Tras una breve transición entra CLAUDIA**, que viste como a su llegada. Al tiempo que interpreta va decidida a la puerta de entrada y abre el pestillo, permaneciendo junto a ella. Al verla entrar,** MANUEL **se habrá levantado con gesto serio.**

CLAUDIA.- **(Entrando.)** Bien, me voy... y disculpe si he empleado algo más de tres minutos en cambiarme y abandonar su casa. Espero no haberle molestado demasiado.

MANUEL.- Un momento, por favor. Quiero advertirle antes de marcharse que voy a dar por olvidado el percance provocado por su irreflexiva visita. Y sobre todo sepa que lo sucedido no va a influir en la evaluación que haga de su examen.

CLAUDIA.- Pues muy mal.

MANUEL.- **(Sorprendido.)** ¿Cómo?...

CLAUDIA.- **(Avanzando dos pasos hacia el centro de la escena sin cerrar la puerta.)** Porque mi visita no fue en absoluto irreflexiva. Vine a visitarle a cosa hecha y después de pensármelo bastante.

MANUEL.- No sabe lo que dice...

CLAUDIA.- Y si «lo sucedido», como usted dice, no va a influir en la evaluación, entonces sí que me voy a sentir frustrada.

MANUEL.- Pero bueno. ¿Aún quiere que me crea que su deseo es suspender otra vez el curso?

CLAUDIA.- Sí.

MANUEL.- ¿Insiste en que no le importa echar a perder su carrera, con tal de seguir asistiendo a mi clase?

CLAUDIA.- Sí. Así es.

MANUEL.- Mire, señorita Máñez...

CLAUDIA.- Claudia.

MANUEL.- Señorita Claudia. He de reconocer que resultaría muy halagador para cualquier hombre lo que usted asegura, si ello fuera cierto. **(Corta con un gesto la protesta de ella.)** Pero yo no nací ayer. La estrategia que ha empleado es infantil, y se reduce a pedir el juguete que no se desea en la confianza de que se nos dará el otro; en este caso, la nota que le permita superar el curso.

CLAUDIA.- **(Seria.)** No tiene usted ni idea.

MANUEL.- ¿De verdad que no?

CLAUDIA.- No ve usted más allá de su aula y sus narices. Y lo que es peor, ignora por completo lo que es una mujer.

MANUEL.- Mujer, tanto como eso...

CLAUDIA.- **(Aproximándose a** MANUEL **decidida.)** Pero estoy dispuesta a asumir la responsabilidad de instruirle en esa asignatura. **(Se le cuelga al cuello y le besa.)**

(MANUEL**, casi asustado, intenta desprenderse de ella, pero ante la firmeza de** CLAUDIA **va cediendo involuntariamente hasta que responde a su beso rodeándola con sus brazos**.)

(Se abre la puerta de entrada y aparecerá en ella CARLOS**, que sorprendido por la escena queda estático y en silencio. Este, de edad similar a la de** MANUEL**, es soltero, vividor y bastante lanzado. Viste con buen gusto.)**

(Al momento CLAUDIA **se separará fingiendo recato.)**

CLAUDIA.- ¡Caray, don Manuel! ¡Qué lanzado es usted!

MANUEL.- **(Sin saber qué hacer.)** ¿Sí?... Bueno, yo...

CLAUDIA.- **(Siguiendo su papel.)** Pero qué tarde se me ha hecho y qué sofocada estoy. Me voy... ¡No, por favor!, ahora no me retenga...

(Marca el mutis hacia la puerta sin dejar de mirar a MANUEL**, ante el gesto de extrañeza de este que no se ha movido de su sitio.)**

Ya seguiremos hablando otra tarde cualquiera... ¡No!, no me acompañe, por favor... **(Lanzándole un beso al aire con los dedos.)** ¡Chao!

(**Hace mutis cerrando la puerta tras de sí sin haberse percatado de la presencia de** CARLOS.)

MANUEL.- **(Que acaba de ver a** CARLOS**, con sorpresa.)** ¡Coño, Carlos! ¿Qué haces tú aquí?

CARLOS.- **(Entrando con naturalidad y yendo hasta el mueble donde se servirá un güisqui.)** ¡Vaya, vaya, vaya! Chico, qué sorpresa me acabas de dar. Oye, ¿lo que he visto es verdad, o habías preparado esta escena para impresionarme?

MANUEL.- Mira, Carlos, no vayas a pensar lo que no es. Lo que has visto, no es lo que has visto.

CARLOS.- ¿No?...

MANUEL.- No. Bueno, sí, pero no. Quiero decir que...

CARLOS.- **(Trascendente.)** Manolo... A mí no tienes que darme explicaciones. Esta es tu casa y ella es tu... lo que sea. Y yo, como si no hubiera estado aquí. Yo a lo mío, tú a lo tuyo y a otra cosa «baterflai».

MANUEL.- **(Paciente.)** Carlos, todo tiene su explicación...

CARLOS.- ¡Ya, ya; ya lo sé! Antes me decías por teléfono que la amiga de mi amiga «no te motivaba», por lo que no te entusiasmaba acudir a nuestra reunión. Y claro, después de ver el tipo de mujer que «sí te motiva» comprendo perfectamente tu falta de entusiasmo. Pero a lo que no hay derecho es a que le oculten a uno la verdad...

MANUEL.- Que no, Carlos, que no van por ahí los tiros.

CARLOS.- Y además, que a lo mejor tu amiga tiene alguna amiga que se le parezca, y que a mí me parece que me parecería muy bien que me la hubiera presentado. ¿No te parece?

MANUEL.- **(Desesperanzado se sienta en el sillón.)** Mira. A ver si lo entiendes. Claudia...

CARLOS.- ¿Se llama Claudia?

MANUEL.- Sí.

CARLOS.- Un nombre muy apropiado.

MANUEL.- ¡Jo, tío, qué chorra eres! ¿No te callarás? Claudia es una alumna mía que ha venido a verme por un problema en sus estudios. Eso es todo.

CARLOS.- **(Yendo al sofá, donde se sentará con el vaso en la mano.)** ¿Ves? ¡Ahora lo entiendo! No hay nada como una explicación consecuente para que todo quede claro ante cualquier malentendido que pudiera suscitarse. Claudia es tu alumna, y como tiene un problema en sus estudios ha venido aquí a verte. ¡Oye! **(Cínico y sugerente.)** ¡Y qué modo tan personal «de verte» tiene!... «Es que te ve» con una dedicación, ¡que hay que ver! Yo hasta hoy no había visto «ver» a nadie de ese modo, pero tal vez sea que yo no ando muy bien de la vista. ¿Cómo lo ves?

MANUEL.- **(Haciendo acopio de paciencia.)** Mira, so payaso. Cuando me llamaste antes, me encontraba corrigiendo ejercicios.

CARLOS.- De tus alumnos.

MANUEL.- Eso. Y te dije que quería terminarlos pronto para poder irme de vacaciones.

CARLOS.- Con Claudia.

MANUEL.- No. Solo.

CARLOS.- Pues no lo entiendo, porque si yo tuviera un ligue como Claudia, a buena hora me iba a ir solo de vacaciones.

MANUEL.- Es que Claudia no es mi ligue.

CARLOS.- ¡Ah, no! Olvidaba que sólo había venido a verte.

MANUEL.- **(Desmoralizado.)** Nada. No hay nada que hacer contigo. Te empeñas en no dar crédito a mis intentos por explicarte...

CARLOS.- **(Interrumpiendo.)** ¡Oye!...

(Se levanta dejando el vaso sobre la mesita sin dejar de hablar.)

¡Se me ha ido el santo al cielo! Bajo en la cafetería dejé a Puri y su amiga tomando café, mientras subía para convencerte de que nos acompañases.

MANUEL.- ¡Qué dices!

CARLOS.- ¡Y fíjate!... Si me arañan tú tendrás la culpa.

MANUEL.- ¡Encima!

CARLOS.- **(Dirigiéndose a la salida.)** Me voy. Intentaré convencer a estas para que no se mosqueen demasiado, y tú, ya puedes ir trabajándote a tu Claudia para que se agencie una amiga para mí.

(Abriendo la puerta.)

Ya me informarás de cuándo podemos salir a celebrarlo.

MANUEL.- Carlos, que no puede ser...

CARLOS.- Por teléfono, cuéntamelo por teléfono, que estas me van a despellejar, «en persona». ¡Chao!

(Hace mutis cerrando tras de sí.)

MANUEL.- ¡La madre que lo parió!... ¡Pero cómo pueden pasarme a mí cosas así! **(Lanza un resoplido de desánimo, toma de nuevo los ejercicios y desganadamente los revisará.)**

(Entra MARÍA **que trae los vasos y el cenicero que se llevó y que colocará en su sitio.)**

MARÍA.- ¿Se marcharon ya las visitas?

MANUEL.- Es evidente.

MARÍA.- Entonces **(Con gesto cómico.)**, ¿al fin solos?

MANUEL.- **(Extrañado.)** ¿Qué dice?...

MARÍA.- Que si ya estamos solos y en estado de normalidad, podemos dedicarnos cada cual a lo suyo. Así que no me patee el salón mientras lo limpio, y recoja las piernas cada vez que le pase cerca la aspiradora, ¿de acuerdo?

MANUEL.- **(Resignado.)** De acuerdo, como usted diga.

(MARÍA **va a coger la aspiradora, y antes de ponerla en marcha saca del bolsillo algo que ocultará en la mano. Llega junto al sillón y extiende a dos palmos de la nariz de** MANUEL **un sujetador bastante «sexi», de manera bien ostensible**.)

MARÍA.- ¿Esto es suyo?

MANUEL.- **(Hecho un lío.)** ¿Cómo? ¿Qué? ¡No, qué va!... Bueno, será de... ¿pero cómo lo tiene usted?

MARÍA.- Porque lo he recogido de su dormitorio.

MANUEL.- ¿De mi dormitorio?

MARÍA.- Estaba sobre la mesilla de noche.

MANUEL.- ¡Le aseguro que yo no lo he puesto allí!...

MARÍA.- ¿Y bien?

MANUEL.- ¿Y bien, qué?

MARÍA.- Que si se lo guarda, o lo llevo a la oficina de objetos perdidos.

MANUEL.- ¡Qué dice, mujer! Traiga, traiga... Seguramente será de Claudia y se le habrá caído sin darse cuenta.

MARÍA.- **(Revisando la prenda irónica.)** No veo muy fácil que se caiga «esto» sin que una se dé cuenta...

MANUEL.- **(Nervioso.)** Bien, déjelo ya...

MARÍA.- A no ser que no se lleve puesto en su sitio, claro.

MANUEL.- **(De un tirón se lo quita, guardándoselo hecho un lío en el bolsillo.)** ¡Vale, se acabó! Yo me encargaré de devolvérselo a su dueña... Y usted, por favor, ¿quiere olvidarlo todo y terminar su trabajo?

MARÍA.- Ya lo creo, si estoy ¡deseándolo!

(Con gesto divertido va hasta la aspiradora, la pone en marcha y comienza a pasarla por el salón yendo directamente a la zona donde está MANUEL**. Este, que ha reiniciado las correcciones, levanta las piernas al paso del aparato, y como el pase se repite a los dos segundos, sube las piernas al sillón quedándose en cuclillas, y así seguirá mientras** MARÍA **continúa la limpieza, hasta que lentamente va descendiendo el telón.)**

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto II

Nada ha cambiado en la decoración de escena, salvo algunas flores colocadas en algún lugar preeminente. Ha transcurrido una semana desde la situación del Acto Primero.

Escena I

MARÍA **y** MANUEL**, después** CARLOS.

Al levantarse el telón, MARÍA**, que viste bata de faena de distinto color a la del acto anterior, y presenta algún cambio en el peinado, pasa la aspiradora por la estancia mientras oye música de un «gualman» a través de cascos. Concentrada no se sabe si en la música o en su trabajo, parecerá totalmente ajena a cuanto la rodea.**

Suena el teléfono repetidas veces sin que se percate de ello.

MANUEL.- (Vistiendo ropa de calle, aparece por el lateral.)

(Mientras ella está de espaldas, él la interpela.)

¡María!... ¿Pero es que no oye el teléfono?... **(Observándola.)** Claro, y cómo lo va a oír entre el «gualman» y la aspiradora...

(Va al lateral y desenchufa dejando el cable en tierra. Seguidamente llega hasta el teléfono y lo descuelga.)

(MARÍA**, extrañada porque se haya parado la aspiradora, le da un par de veces al interruptor con el pie, y a continuación examina el útil dándole algún golpe con la mano. Volviendo la mirada al enchufe se percatará del motivo del paro. Sólo entonces se da cuenta de qué hace** MANUEL.)

(Toda esta acción simultánea a la interpretación de él.)

¡Dígame!... Sí, aquí es... Sí, ¿quién llama? **(Pausa.)** Mire señorita, es que no soy aficionado a las encuestas... Ya, ya, supongo que esa será muy interesante y además no me compromete a nada, pero es que considero impropio responder a cierto tipo de preguntas por teléfono. No, personalmente tampoco soy un «fan» de las encuestas... **(Pausa breve.)** Sí, ya lo sé. Pues lo siento, tal vez en otra ocasión pueda ser... De nada. Gracias por llamar.

(**Cuelga el teléfono y se queda mirando a** MARÍA.)

(MARÍA**, a principio de la conversación telefónica, se separó ostensiblemente un auricular, enterándose de todo**.)

MARÍA.- Le debe tres duros a esa chica.

MANUEL.- ¿Qué dice?...

MARÍA.- **(Quitándose el casco y guardándoselo en el bolsillo junto al «gualman».)** El coste de la llamada, que con toda seguridad lo paga ella de su propio bolsillo.

MANUEL.- ¿Insinúa que no me han llamado desde una empresa?

MARÍA.- Seguro que no.

MANUEL.- **(Yendo al sillón y sentándose.)** Me asombra usted, María. Sobre todo por lo categórica que es en sus juicios... Y claro, me sentencia una opinión, omite agregar cualquier tipo de explicación, y ya me tiene a mí dándole vueltas todo el día al problema hasta que me duele la cabeza.

MARÍA.- No es para tanto, hombre. Lo que pasa es que usted por su profesión tiene el hábito de enseñar, y eso cuadricula la mente hasta tal punto que no le deja espacio para pensar.

MANUEL.- ¡Hala!...

MARÍA.- Pero no «pensar» con mayúsculas, sino pensar como piensa la gente de a pie, intrascendentemente.

MANUEL.- ¿No le digo? Ya tengo tema para rumiar hoy.

MARÍA.- **(Al tiempo que mira la hora, del bolsillo de la bata saca un paquete de tabaco. Lo desprecinta y coge un cigarrillo que encenderá, y a continuación se dirige al sofá donde se sienta.)** Aprovechando que es la hora del «fumata», le ilustraré sobre el trabajo de las encuestas por teléfono.

MANUEL.- ¡Mira qué bien!

MARÍA.- **(Ofreciéndole.)** ¿Le apetece uno?

MANUEL.- No, gracias. Eso que fuma es demasiado fuerte para mí.

MARÍA.- Todo es acostumbrarse. **(Trascendente.)** Esa chica que ha llamado, estará haciendo encuestas desde su casa y diariamente habrá de llevar las que complete a la empresa para quien trabaja. Con casi toda seguridad se las pagarán a no más de cien pesetas; con lo que si la chica no tropieza con muchos cenizos como usted se podráhacer unas treinta... Tres mil «pelas» en bruto, que por veinte días hábiles al mes resultan sesenta mil pesetas. Le descuenta el recibo del teléfono, y con algo de suerte la moza consigue diez mil duros para ir tirando a falta de otra cosa mejor. ¿Qué le parece el negocio?

MANUEL.- Pues tal como lo cuenta, ruinoso... ¿Y cómo está enterada de que eso funcione así?

MARÍA.- Porque yo también he hecho encuestas por teléfono.

MANUEL.- ¡Lo que yo decía! ¿Y qué cosa no habrá hecho usted?

MARÍA.- ¡Hay muchas que aún no he hecho! **(Con malicia.)** Aunque una buena parte de ellas, no por falta de ganas.

MANUEL.- Es usted incorregible... ¿Le importa si le hago una pregunta un tanto personal?

MARÍA.- En absoluto. Dispare, dispare.

MANUEL.- Me barrunto que lo de la asistencia por horas no será algo que haya hecho usted siempre. Quiero decir que seguramente habrá tenido otra profesión distinta a esta. ¿No?...

(Suena con insistencia el timbre de la entrada.)

¡Caray!, ¿quién vendrá con tanta prisa?...

MARÍA.- ¿Espera usted a alguien?

MANUEL.- No, a nadie.

MARÍA.- ¿Ve? Pues estas llamadas son las mejores, porque nos permiten elucubrar.

MANUEL.- ¿Quiere decir?...

MARÍA.- Que despiertan el morbo por intentar acertar quién es la persona que nos visita.

MANUEL.- Visto desde ese ángulo...

(Vuelve a oírse el timbre.)

(Con sorna.) ¿Y qué le parece si «abrimos»?...

MARÍA.- ¡Captada la indirecta!

(**Se levanta. Deja el cigarrillo en el cenicero y llega hasta la puerta, que abrirá, y haciéndose a un lado da paso a** CARLOS.)

CARLOS.- Creí que no habría nadie en casa.

(Entrando.)

¡Hola, María!... ¡Pero cuánto tiempo sin verla!

MARÍA.- ¡Ya lo creo, por lo menos dos jueves!

(Cierra la puerta y vuelve junto al sofá.)

CARLOS.- ¿Sólo?...

(Se adentra con naturalidad tres pasos.)

MARÍA.- Quizás sea alguno más... **(Irónica.)** Disculpe si no llevo muy exacta la cuenta de nuestras «entrevistas», pero como estoy tan solicitada últimamente...

CARLOS.- **(Riéndose.)** Es usted admirable porque tiene respuestas para todo.

MANUEL.- **(Irónico y reticente.)** ¡«Buenos días», Carlos!

CARLOS.- **(Como de pasada.)** ¡Hola, Manolo! (**A** MARÍA.) Pues ya sabe, el día que deje de estar tan ocupada y no sepa qué hacer, puede contar conmigo para salir a cenar por ahí.

MARÍA.- Lo tendré en cuenta.

MANUEL.- ¡Esto sí que está bien! Así que vienes a mi casa a intentar ligar a María, y encima llamando con prisa como si se quemara algo.

CARLOS.- ¡Calla y saldrás ganando! Porque estoy seguro que si tardasteis tanto en dejarme entrar, sería porque os habréis jugado a los chinos quién iba a abrir.

MARÍA.- ¡Ja, ja! ¡Qué lince!

MANUEL.- **(Al mismo tiempo.)** ¡Hombre, Carlos!...

CARLOS.- ¡Si os conoceré yo a los dos!...

(Yendo al mueble, de donde se servirá una bebida mientras sigue la acción.)

MANUEL.- ¡Tú ganas! **(Pausa breve.)** Estábamos charlando María y yo de cómo están de mal pagados algunos empleos.

CARLOS.- Pues el tema me interesa. (**A** MARÍA.) ¿Es que se va a dejar este?

MARÍA.- ¡No, qué va!

(Vuelve a sentarse donde estaba, apaga el cigarrillo del cenicero y enciende otro.)

Cuando usted llamó, estaba a punto de contar a don Manuel cuáles fueron mis primeros trabajos.

CARLOS.- ¡Estaré encantado de saberlo! Claro, si no os molesta esta intromisión en vuestra intimidad.

MANUEL.- No seas borde, Carlitos. Estábamos «consumiendo» el tiempo del fumata de María.

MARÍA.- Así es. Verán **(Distendida.)**: Mi primer empleo, tras terminar Filosofía y Letras, lo conseguí en una editorial, para leer originales y corregir pruebas.

MANUEL.- ¿Así que hizo usted Filosofía y Letras?

MARÍA.- ¿Le extraña?

MANUEL.- No. Desde hace tiempo ir a la Universidad es como una moda...

CARLOS.- Hoy como el sarampión, por el que pasa todo el mundo... Lo malo de ahora es que alguien llegue a creer que por tener una carrera va a tener la vida resuelta...

MARÍA.- Pues sigo. Estuve en la editorial tres meses, hasta que me cansé de que el encargado me palpara las nalgas cada vez que me ponía a su alcance.

CARLOS.- ¡Vaya!, ¿y no lo denunció?

MARÍA.- ¿Para qué? Se habrían reído de mi protesta, y a él seguramente le habría aumentado el prestigio entre la plantilla.

MANUEL.- Un caso claro de acoso sexual.

MARÍA.- Dejémoslo en un «toqueteo molesto». De allí pasé a una gestoría. Ya saben, declaraciones de renta, impuesto de sociedades, certificados de penales, «deneis», matriculación de coches. Fue el empleo que más diversidad de cosas me enseñó... y cuando llevaba un año en la casa manejándome bien, me casé.

CARLOS.- No sabía que fuera casada.

MARÍA.- Actualmente divorciada, que se lleva mucho ahora.

MANUEL.- **(Al tiempo que se levanta y yendo al lugar de las botellas se preparará un güisqui.)** Sí, parece que está de moda, sí, porque cada vez hay más gente divorciada... ¿Le apetece tomar alguna cosa?

MARÍA.- No, gracias, en el trabajo no bebo... Yo las cogorzas las suelo pescar en «mis locas noches de sábado»...

(MANUEL **se ríe, y pasea mientras toma algún trago espaciado**.)

... Mi novio, que era también empleado de la gestoría, se opuso a que siguiera trabajando después de casada. Y a mí al principio no me pareció mal.

CARLOS.- **(Al tiempo que va al sillón donde estaba** MANUEL **y se sienta.)** Hasta hace pocos años, en España esa ha sido la norma.

MANUEL.- Pero los tiempos cambian...

MARÍA.- El caso fue que, como no tuve hijos y a mi marido sólo le veía de noche, acabé aburriéndome, como dicen que se aburren las ostras.

MANUEL.- ¿Y no le dio por buscarse algún tipo de distracción?

MARÍA.- Ya lo creo. Decidí escribir. Empecé una novela que se me atragantó en el folio treinta.

MANUEL.- ¿Y no la terminó?

MARÍA.- No. La novela se quedó como estaba, y tras varios intentos conseguí escribir unos cuantos relatos breves con la idea de formar un libro de cuentos.

MANUEL.- ¿Los llegó a publicar?

MARÍA.- Pensé llevarlos a la editorial donde tuve mi primer empleo a ver si los aceptaban, pero ante el temor de tropezar con mi antiguo «tocador», desistí de hacerlo... Pasaron sin más al cajón con la novela. ¡Fin de un prometedor porvenir de escritora!

MANUEL.- Nunca se puede decir no volveré a hacer tal cosa... Se da el caso de que algunos reemprenden tareas por mucho tiempo apartadas, y hasta triunfan.

MARÍA.- De esos casos conozco uno. Un antiguo vecino de mi barrio, que de pequeño «chorizaba» monederos en el mercado.

MANUEL.- No entiendo qué relación pueda tener eso con lo que yo acabo de decir...

CARLOS.- No interrumpas, hombre, no seas plasta, ¿no ves que le restas intriga a la narración?

MANUEL.- ¡Vaya hombre! Perdona si te distraigo...

MARÍA.- ¡Total! Que aquella experiencia le duró poco, porque tras descubrirle su padre, que era algo bruto, le partió una costilla y el chico se corrigió. Y precisamente ahora, ya de mayor, y seguramente huérfano, ha reemprendido su vieja inclinación.

CARLOS.- ¿Ha vuelto a chorizar?...

MARÍA.- Sí. Es uno de los «interlocutores sociales» que procesaron no hace mucho, por aquel desfalco multimillonario del sindicato.

MANUEL.- ¡Pues vaya un ejemplo que ha ido a traer!

CARLOS.- Más revelador de lo que parece.

MANUEL.- ¿Y lo de las encuestas lo hizo también en su tiempo de escritora?

MARÍA.- No, en aquella época vendí productos de belleza a domicilio, joyas legítimas de oro falso, enciclopedias, prendas de vestir por catálogo, unas baterías de cocina carísimas, y hasta biblias encuadernadas en piel expresamente editadas como libro decorativo. El caso era que me aburría y yo necesitaba realizarme como algo más que esposa y «flor de hogar».

MANUEL.- ¿Y cómo tomaba su marido aquellas actividades?

MARÍA.- Al principio no se metía mucho conmigo, pero luego se fue poniendo algo borde y acabamos abroncándonos.

CARLOS.- No sería aquel el motivo de su separación...

MARÍA.- No, claro. El motivo fue la política.

MANUEL.- ¿Se hizo político?

MARÍA.- Él no.

MANUEL.- ¿Quién entonces?

MARÍA.- Es notorio que, con la llegada de la democracia, la consigna de los nuevos políticos fue conseguir un estatus superior y el cambio de las tres «ces». «Casa, coche y compañera». Las tres cosas a cambiar por todo progre que se preciara de serlo.

MANUEL.- Pero si ha dicho que él no era político...

MARÍA.- Exacto. Él fue «una» de las tres «ces».

CARLOS.- ¡Atiza!

MARÍA.- En este caso fue una moza, que, con su canto de «púber canéfora sociata», se ligó a mi Emilio cambiándolo por el pariente propio.

MANUEL.- **(Yendo a sentarse al otro lado del sofá.)** ¡Qué barbaridad! Parece que me está contando el argumento de un sainete...

MARÍA.- ¡Un drama es lo que estuvo a punto de ocurrir! Porque a pesar de que mi Emilio no era ninguna lumbrera, sí que era guapísimo, y fastidia bastante que a una le birlen el marido, sobre todo cuando él es un cachas, rubio y con los ojos azules.

MANUEL.- Imagino que le exigiría el pago de una pensión...

MARÍA.- No. Ese fue mi error. Cuestión de amor propio, ¿sabe? Como ella estaba bien situada en lo suyo, lo sacó del trabajo con la idea de colocárselo de asesor.

CARLOS.- El consabido enchufito...

MARÍA.- Pero la cosa no cuajó. Parece ser que la oposición se espabiló y vetó a los asesores, y así mi «ex» se quedó sólo como objeto decorativo y pareja acompañante de la moza.

MANUEL.- ¿Y qué tuvo que ver eso para eximirle del pago?

MARÍA.- Porque, como él no ingresaba por ningún concepto, la pensión me la habría tenido que pagar ella, y se me hacía cuesta arriba pensar que le estaba vendiendo los favores de mi Emilio.

CARLOS.- María. ¡Es usted una mujer de pelo en pecho! **(Rectificando.)** Bueno, lo que quiero decir...

MARÍA.- **(Riéndose.)** Le he entendido... Bien, pues aquello fue un error, pero yo era joven, inexperta, y con un sentido de la ética un tanto peregrino. De haber sido la cosa hoy, cada revolcón con mi «ex» le habría costado a la pava una pasta.

MANUEL.- **(Riéndose.)** Es usted tremenda.

MARÍA.- Total, que las pasé muy canutas. Porque una cosa es desarrollar actividades para entretenerse, como todas las que yo ataqué de casada, y otra es conseguir un empleo que te proporcione un mediano pasar.

MANUEL.- Y entonces fue cuando hizo lo de las encuestas...

MARÍA.- Las encuestas, oposiciones, pases de modelo de ropa interior, trabajos en casa que anunciaban en el «MARCA», promoción de apartamentos inexistentes en la playa, pólizas de seguros de vida, e incluso llamadas para el teléfono erótico.

MANUEL.- ¿Cómo?...

CARLOS.- ¿Ha dicho el teléfono erótico?...

MARÍA.- **(Con naturalidad.)** ¿De qué se extrañan? Es un trabajo como otro.

MANUEL.- ¡Tanto como otro!...

CARLOS.- **(A** MANUEL**, con sorna.)** Pero, ¿no te das cuenta de que María te está tomando el pelo?

MARÍA.- **(Convincente.)** ¡De eso nada! ¿Qué piensa, que no es cierto? **(Al tiempo que toma el teléfono.)** ¡Preste atención y juzgue! **(Imitando una voz erótica.)** ¿Sí, mi amor?... Estaba deseando que me llamaras esta noche para ser feliz junto a ti... **(Las frases expresadas, u otras de similar entidad utilizadas en las llamadas al uso, serán acompañadas por** MARÍA **de algún tipo de insinuaciones y tonalidades cálidas, intentando alcanzar un estado «interesante» sin llegar a caer en el mal gusto.)**

(Mientras tanto, MANUEL **y** CARLOS **la observarán sorprendidos, intercalando en el diálogo alguna que otra frase intrascendente.)**

MARÍA.- No sabes cómo esperaba el momento de escucharte de nuevo... Dime mi amor, ¿no me echabas de menos?... Ahora los dos... tú y yo... estamos a solas... en la intimidad...

MANUEL.- Pero, ¡María!...

MARÍA.- Ya sabes, amor... Yo para ti, y tú para mí... siempre para mí...

CARLOS.- ¡Andá mi madre!...

MARÍA.- ¡Cuánto me gustaría que pudieras verme en este momento!... ¿Sabes qué ropa llevo puesta?...

MANUEL.- ¡María, por favor, que esto se pasa de tono!...

MARÍA.- ¿Quieres que me la quite, vida?...

CARLOS.- ¿Pero es que también hacía «estriptís»?

MARÍA.- **(Rompiendo la situación con una carcajada.)** ¡No sabía que fueran ustedes tan «impresionables»!... ¿A que se lo han creído?

CARLOS.- ¡Es que le da un realismo a la cosa!...

MANUEL.- ¿Quiere decir que todo ha sido una interpretación?

MARÍA.- ¡Totalmente, por supuesto! Lo del teléfono es una broma, pero es cierto que también seguí en aquel tiempo unos cursillos de arte dramático.

CARLOS.- **(Aparte.)** ¡Joder! ¡Hasta actriz!

MANUEL.- ¡Ya me extrañaba a mí!...

MARÍA.- Así que después de probar tan diversas actividades, llegué a lo definitivo. ¡Me dio por hacerme asistenta, y cambió mi vida!

MANUEL.- **(Espontáneo.)** Para bien me imagino. Porque teniendo en cuenta sus tarifas debe sacarse un sueldazo. **(Rectificando.)** Bueno, no es que me queje, ¿eh?...

MARÍA.- Es igual, puede quejarse, por eso no le voy a cobrar menos... Sí, señor, y además del sueldo, que en su cuantía viene a estar más o menos como el de un fontanero...

CARLOS.- ¡¿Tanto?!

MARÍA.- ... está la ventaja de poder escoger los clientes. Que no me encuentro a gusto en una casa, pues adiós muy buenas… Selecciono una de las que tengo en espera en la base de datos y le doy una alegría. Y así, con buena organización y unos clientes como Dios manda, no echo de menos ningún otro tipo de empleo. **(Pausa breve.)** Así que ya ve cómo sí he tenido otras profesiones, hasta que afortunadamente pude hacerme limpiadora y triunfar en la vida.

CARLOS.- **(Aplaudiendo.)** ¡Bien por las hembras legales!

MANUEL.- ¿Sabe qué le digo?... Que repite usted esa apología de la asistencia por horas a la entrada de mi clase, y no se matriculan en el próximo curso ni la mitad de las alumnas.

MARÍA.- **(Al tiempo que se levanta y apaga el cigarrillo en el cenicero.)** Bueno, se acabó el fumata y el asueto. Me voy para dentro a vaciar la lavadora y a plancharle las camisas.

(Marcando el mutis a la izquierda.)

Y ya saben, si me necesitan **(Cómicamente insinuante.)**, «no duden en llamarme».

(Hace mutis.)

CARLOS.- Tremenda, esta María vale su peso en oro.

MANUEL.- Ya lo creo.

CARLOS.- Es de las que entran pocas por kilo...

MANUEL.- Por eso quiero que me dure mucho.

CARLOS.- Y volviendo al tema de las alumnas...

MANUEL.- ¿Pero, es que estábamos hablando de mis alumnas?...

CARLOS.- No... Pero yo al menos sí lo pensaba... ¿Cómo sigue Claudia?

MANUEL.- **(Carraspeando.)** ¿Me creerás si te digo que no la he vuelto a ver?

CARLOS.- **(Rotundo.)** No.

MANUEL.- **(Fatalista.)** ¡Vaya! ¡Contigo no hay quien pueda!, ¿eh?... **(Poco convincente.)** Pues sí que la he visto... pero fue después de llamarme ella por teléfono para ofrecerme sus excusas.

CARLOS.- Sólo para disculparse.

MANUEL.- Sí...

CARLOS.- **(Con sorna.)** Es una chica estupenda.

MANUEL.- Ya lo creo.

CARLOS.- Y salisteis a tomar unas copas, claro.

MANUEL.- Sí... Bueno, no, las copas las tuvimos que tomar porque en un «pab» es obligado consumir, y no podíamos dedicarnos a hablar en una esquina.

CARLOS.- **(Cínico.)** Habría quedado feísimo.

MANUEL.- Así que nos fuimos a «Norma» y allí estuvimos charlando un par de horas.

CARLOS.- Y quedó todo aclarado y solucionado.

MANUEL.- Eso es.

CARLOS.- ¿La has suspendido por fin?

MANUEL.- Lamentablemente su examen era tan malo que no tuve más remedio que suspenderla.

CARLOS.- **(Irónico.)** Y ella tendrá un disgusto colosal, claro...

MANUEL.- **(Mirándole inquisitivo.)** ¿Hasta qué punto conoces tú los detalles?

CARLOS.- **(Haciendo marcha atrás.)** Bueno, sólo sé lo que tú me contaste, que no es mucho, porque en estos últimos meses estás de un reservado que ya, ya...

MANUEL.- No sé cómo dices eso...

CARLOS.- Conste que me hubiera gustado conocer toda la historieta.

MANUEL.- **(Bastante mosca.)** Mi relación con Claudia no es ninguna historieta... Aunque seamos amigos solamente... ¿O es que hay algo que prohíba la amistad entre un profesor y una alumna?...

CARLOS.- Nada que yo sepa. Podéis ser amigos, ligue, y hasta pareja estable, ¿quién lo va a impedir?... Los dos sois ya bastante mayorcitos para saber lo que queréis, ¿no?

MANUEL.- **(Se levanta y pasea con evidente malestar.)** No es por ahí, Carlos, no es por ahí. Entre Claudia y yo ha surgido una corriente de simpatía... Amistad, sólo amistad. Y además que hemos hecho un trato.

CARLOS.- ¿Ah, sí?

MANUEL.- Me ha prometido esforzarse por aprobar el próximo curso... Y a lo largo del mismo nuestros contactos van a ser, exclusivamente, los que permiten las normas de la Facultad entre un profesor y su alumna.

CARLOS.- ¿Y a cambio de eso?...

MANUEL.- ¿Cómo?...

CARLOS.- Si habéis hecho un trato habrá una contrapartida, ¿no?

MANUEL.- **(Escamado.)** ¡Es que no se te escapa nada!... Fuera de clase sí... Nos podemos ver de cuándo en cuándo... Mira, lo de Claudia no es lo que te figuras. Y vamos a dejar el tema si no te importa.

CARLOS.- No te enfades, hombre. Tú sabes que por nada del mundo deseo algo malo para ti. Precisamente esta visita era para invitaros a un acontecimiento donde podéis venir con toda tranquilidad.

MANUEL.- **(Con prevención.)** ¿Sí?... ¡Qué habrás maquinado!

CARLOS.- ¡Qué desconfiado eres!... Se casa Paquita, mi prima.

MANUEL.- ¿De verdad se casa Paqui?

CARLOS.- Como lo oyes, y no veas lo bien que lo podríamos pasar asistiendo a su boda.

MANUEL.- ¡Joder, Carlos! Precisamente a la boda de Paqui después de haber roto el romance que tuvimos.

CARLOS.- ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

MANUEL.- ¡Ah, si a ti te parece normal!...

CARLOS.- ¿Y por qué no?

MANUEL.- Eso, me presento allí por las buenas y además con Claudia, que no es precisamente lo que se pueda decir una chica muy apropiada para pasar inadvertida.

CARLOS.- Natural, hombre. Es que no entiendes nada. La cuestión está, en que sabiendo Paqui que ya has cubierto su lugar, no sentirá remordimientos al casarse pensando que te dejaba «desamparado»... A lo mejor hasta haces un favor al nuevo matrimonio.

MANUEL.- Viéndolo desde ese ángulo... Pero no, mira, mi relación con Claudia no va por ese camino.

CARLOS.- Bueno. Yo te he transmitido la invitación a la boda y con eso creo que he cumplido. Si te decides a asistir me llamas y en paz… Y ahora me voy a largar **(Levantándose al tiempo que mira el reloj.)**, porque Puri llevará esperándome más de veinte minutos.

MANUEL.- ¿Otra vez?

CARLOS.- ¡Qué quieres! Le dije que serían cinco, y como siempre, me he vuelto a pasear por el Olimpo...

MANUEL.- ¡Menudo porvenir le espera a tu chica!, porque lo que es esperar, ¡hay que ver lo que espera!

CARLOS.- **(Marcando el mutis.)** Sí es cierto que es un poquito masoca... Lo dicho; ya me llamarás... Hasta la vista, Manolo.

(Hace mutis.)

MANUEL.- ¡Adiós!, hombre.

(Tras quedarse mirando un momento la puerta se levanta, llega hasta el mueble y prepara un nuevo güisqui que no llega a probar. Vuelve al sillón y antes de sentarse suena el timbre de la entrada. Algo sorprendido, deja el vaso sobre la mesita y acude a abrir.)

Escena II

MANUEL **y** CLAUDIA**, después** MARÍA.

Aparece CLAUDIA **en el quicio de la puerta donde sólo permanecerá dos segundos antes de entrar. Viste ropa de calle elegante, con un toque distinto a la del acto anterior, que la hace parecer «más mujer».**

MANUEL.- **(Confuso.)** ¡Qué sorpresa! ¿Usted aquí?

CLAUDIA.- En efecto. ¿Esperaba a otra persona?

(Sin esperar a más, entra decidida yendo al centro de escena.)

MANUEL.- Sí. Es decir, no. No esperaba a nadie... Es más, iba a salir...

(Cierra y permanece en segundo término.)

CLAUDIA.- Pues menos mal que he venido directa desde casa, porque si no llego a encontrar aquí a nadie, ¡qué desilusión!... **(Mirando el vaso.)** ¿Eso es güisqui?

MANUEL.- Sí. Lo había acabado de preparar cuando...

CLAUDIA.- **(Al tiempo que va a la mesita y lo coge.) (Interrumpiéndole.)** ¿Puedo?...

MANUEL.- **(Fatalista.)** No faltaba más.

CLAUDIA.- Gracias. **(Toma un trago, y mantendrá el vaso en la mano mientras interpreta.)** ¡Hay que ver lo bien que prepara usted los güisquis!, ¿eh?

MANUEL.- **(Con sorna.)** Ya lo creo. Domino perfectamente la técnica. Pongo en el vaso los cubitos y a continuación el güisqui. ¡No fallo nunca!

CLAUDIA.- ¿Y usted no se sirve uno?

MANUEL.- Ahora que lo dice... Sí, lo tomaré, gracias. **(Lo prepara mientras interpreta.)**

CLAUDIA.- **(Al tiempo que va al sofá y se sienta.)** Se preguntará a qué he venido, ¿verdad?

MANUEL.- Sí, sí me lo pregunto.

CLAUDIA.- He venido porque le echaba mucho de menos.

MANUEL.- ¡Caray, qué directa!, ¿no?

CLAUDIA.- ¡Ya que me lo ha preguntado!...

MANUEL.- ¿Que yo se lo he preguntado?... Veo que sigue con la costumbre de poner en mi boca sus propias frases.

CLAUDIA.- Digamos que me gusta ayudarle un poquito, porque como a usted le cuesta tanto arrancarse...

MANUEL.- **(Divertido.)** Es usted incorregible.

CLAUDIA.- Y dígame. ¿Cómo está transcurriendo su primera semana de vacaciones? ¿Salió a la sierra? ¿Ha ido a la piscina?

(MANUEL **hace intención de responder y ella lo acallará con nuevas preguntas**.)

¿Cómo ha aprovechado las noches? ¿Ha salido por ahí a ver algún espectáculo?... **(Nuevamente sin dejarle hablar.)** ¿Qué ha preferido ver? ¿Cine? ¿Teatro?... ¿O ha ido a aburrirse a algún «pab» con música «sudaca»?... **(Como antes.)** Cuénteme, cuénteme, hombre, que hay que ver lo poco comunicativo que es.

MANUEL.- **(Tras tomarse una breve pausa.)** ¿Ya puedo?

CLAUDIA.- ¡No faltaba más, está usted en su casa!

MANUEL.- Muchas gracias... Pues verá. Aunque le parezca un tanto extraño, durante mi primera semana no he hecho nada de toda esa catarata de actividades que ha mencionado. Ni al cine ni al teatro. **(Pausa breve.)** Al cine porque me gusta verlo en casa, que es donde no me cae una señora gorda al lado comiendo palomitas y haciendo ruido con la bolsa de papel, y algún espectador que se empeña en contar la película a su acompañante.

CLAUDIA.- Es lo que se lleva ahora. Una sesión de cine sin masticar y en silencio, ni es cine ni es nada.

MANUEL.- Pero como yo no estoy por esas modas, prefiero alquilar vídeos… Otra cosa es el teatro, ¿ve? Allí nadie come ni molesta al vecino. Digo yo que será tal vez porque, como las entradas son tan caras, el público acude con más respeto...

CLAUDIA.- ¿Y qué me dice de esos dos clásicos matrimonios que siempre llegan empezada la función?...

MANUEL.- ¡Fatal! Aunque tal vez sea porque entren de gorra sin pasar por la taquilla, ¿no cree?

CLAUDIA.- A lo mejor...

MANUEL.- Pues sigo. Tampoco he viajado a la sierra ni me he bañado en una piscina. Lo primero descartado porque no conozco a nadie con chalet que me invite, y en las piscinas públicas no me meto nunca, por si alguien ha echado dentro pirañas.

CLAUDIA.- **(Riéndose.)** ¡Qué guasa!... No le conocía yo esa vena chistosa...

MANUEL.- **(Siguiendo la broma.)** Todo no va a ser seriedad… Y en cuanto a la música, ¿qué tiene contra las melodías sudamericanas?

CLAUDIA.- Realmente nada, incluso me gustan, pero como ahora está de moda ver un grupo en cada esquina cantando cumbias, milongas y similares, llega un momento que te saturas.

MANUEL.- Pues ya ve; nada de lo que me preguntó. A lo único que he asistido fue a la presentación de un libro, a tomar cerveza con unos amigos.

CLAUDIA.- Perdón, creo que no he entendido...

MANUEL.- ¿Lo del libro y la cerveza?... Se ve que no conoce el tema. «Que no está al loro.» **(Sentándose en el sillón interpretará tomando un trago de vez en cuando.)** ¿No sabe que en las presentaciones de libros se suele reunir la gente a tomar copas?... Se lleva mucho ahora. Es moda obsequiar a la concurrencia con tapas, bebidas y todo eso.

CLAUDIA.- No parece muy serio, ¿no?

MANUEL.- Antes te daban una charla, y claro, la gente no iba. Ahora te dan un vino y acude más gente.

CLAUDIA.- Es curioso...

MANUEL.- Sí, y por la cantidad y calidad de las tapas, se puede pronosticar el éxito que obtendrá el libro que se presenta.

CLAUDIA.- ¡No me diga!

MANUEL.- Hay algunas presentaciones en las que dan hasta langostinos y cositas de cocina.

CLAUDIA.- ¡Qué barbaridad!

(Al tiempo que se levanta riéndose para dejar el vaso en el mueble.)

¿Sabe que he estado a punto de creer todo ese rollo?

MANUEL.- ¿Duda que sea cierto?

CLAUDIA.- Si usted lo asegura, será, pero me cuesta trabajo digerirlo.

MANUEL.- **(Riéndose.)** Los que suelen digerirlo mal son los que van a esos actos exclusivamente a atiborrarse, lo que no es mi caso... Por eso he dicho que fui a una presentación de libros a tomar cerveza con unos amigos.

CLAUDIA.- **(Que vuelve a sentarse en el sofá.)** Pues por lo que ha contado no está pasando unas vacaciones muy «diver» que digamos...

MANUEL.- Tenga en cuenta que acaban de empezar; aún tengo tres semanas por delante en las que me puedo hasta cansar de tanto ocio.

CLAUDIA.- Lo que son las cosas. A mí las vacaciones siempre me parecen cortas, tanto si me quedo en la ciudad como si me voy fuera.

MANUEL.- ¿Y en estas qué piensa hacer?

CLAUDIA.- Depende de usted.

MANUEL.- ¡Cómo que depende de mí! ¿Qué quiere decir con eso?

CLAUDIA.- Que mis vacaciones dependen de que usted acepte una proposición que he venido a hacerle.

MANUEL.- No sé por qué, me escama mucho lo que acaba de decir. Estoy por pedirle que no me cuente lo que ha pensado proponerme.

CLAUDIA.- Tampoco es eso, caramba. Una proposición no obliga por sí misma. Se puede aceptar o rehusar..

MANUEL.- ¿Y qué cree, que rehusaré o que aceptaré?

CLAUDIA.- Lo deseable sería que aceptara, porque eso nos haría muy felices a todas.

MANUEL.- **(Escamado.)** ¿Cómo, cómo? ¿A qué «todas» se refiere?

CLAUDIA.- A las del grupo. Ya sabe; la Gálvez, Merche y Marisa.

MANUEL.- ¡Huy, qué mal suena eso!...

CLAUDIA.- **(Sin escucharle.)** A Marisa le han dejado, por lo que queda de mes, una casona de sus tíos en un pueblo de la sierra por donde no pasa ninguna carretera principal. La casa es como de película de Buñuel. Con diez habitaciones por lo menos, una chimenea de esas de pueblo

donde se queman troncos de verdad, y un corral que tiene hasta gallinas... Por cierto, ¿le gustan los animales?

MANUEL.- Si se refiere a las gallinas, no. Sólo en croquetas y en el cocido.

CLAUDIA.- No estoy muy segura de que hayan otros bichos además de las gallinas... Pues lo que se trata es de aprovechar la ocasión, para disfrutar unas vacaciones salvajes en un entorno más salvaje todavía. Las otras ya están de acuerdo con sus chicos, y la única que queda desparejada soy yo... De ahí la proposición que le he venido a hacer.

MANUEL.- **(Se levanta, deja el vaso sobre el mueble y pasea, notándosele un tanto violento.)** Mire, le agradezco que haya pensado en mí. Mentiría si le ocultara que me siento halagado por su invitación, pero debe comprender que no pueda aceptar. Porque yo sigo siendo el profesor y usted la alumna.

CLAUDIA.- ¡Eso no! En las vacaciones todos somos libres y hasta que no comience el curso nosotros somos amigos, conocidos, o lo que queramos ser sin que ningún organismo oficial pueda pedirnos cuentas ni nada parecido.

MANUEL.- No es exactamente así. Al menos en mi caso.

CLAUDIA.- **(Adoptando un tonillo cínico.)** ¿De qué tiene miedo?

MANUEL.- **(Acusando el golpe.)** ¿Miedo?, ¿yo miedo?... ¡De nada! ¿Por qué iba a tener yo miedo?... ¿Y a quién?

CLAUDIA.- A mí, por ejemplo. A salir conmigo.

MANUEL.- **(Intentando parecer convincente.)** ¡Pues no! Mire si es verdad que no temo salir con usted, que hasta había pensado pedirle que me acompañara a una boda a la que estoy invitado...

CLAUDIA.- **(Perpleja.)** ¿A una boda?... ¿Eso es verdad?

MANUEL.- ¿Duda de mi palabra?

CLAUDIA.- No. Pero es que me suena tan extravagante...

MANUEL.- No sé por qué... La gente suele casarse.

CLAUDIA.- ¡Huy, muy pocos, no crea!

MANUEL.- No me irá a decir que usted no cree en el matrimonio.

CLAUDIA.- Naturalmente que no.

MANUEL.- ¿Que no, qué? ¿Que no cree o que no me lo va a decir?

CLAUDIA.- (**Saca un cigarrillo del bolso y se levanta yendo a cualquier mueble, donde habrá un encendedor. Enciende y fuma mientras permanece de pie en segundo término observando el movimiento escénico de** MANUEL.) En el matrimonio como se entiende oficialmente ni creo ni lo apruebo.

MANUEL.- Me asombra usted. Tal vez me haya confundido al juzgarla, pero no la asociaba con las «antimatrimonio».

CLAUDIA.- Y sigue confundiéndose al asociarme con ellas.

MANUEL.- ¿Sabe que me está resultando bastante complicada?

CLAUDIA.- **(Decidida.)** Veamos si puedo hacerme entender. ¿Quiere usted sentarse un momento?

MANUEL.- Sí, claro.

(Va al sillón y se sienta, sacando tabaco y encendiendo un cigarrillo.)

CLAUDIA.- Entiendo el matrimonio como unión de hecho. Una unión libremente pactada entre dos personas adultas, sin tipo alguno de intermediarios ni compromisos oficiales.

MANUEL.- A ese tipo de unión la sociedad le da un nombre bastante feo.

CLAUDIA.- La sociedad suele seguir las modas, y estoy segura de que dentro de unos años cuando la mayor parte de las parejas se unan así, esa misma sociedad que hoy critica acabará aceptándolo.

MANUEL.- Lo veo muy difícil. ¿Dónde deja usted las tradiciones y el propio acto social de la ceremonia?

CLAUDIA.- Mire, hace unos años, las primeras bodas civiles se celebraban casi en la clandestinidad, de tapado y sin avisar a nadie, como con miedo. Hoy acuden a los juzgados más invitados que antes a la iglesia. ¿No se ha percatado de ello?

MANUEL.- No sé... No estoy muy atento, porque yo de vida social hago bastante poca... Resumiendo; que usted prefiere una boda civil.

CLAUDIA.- No, yo prefiero una unión de hecho.

MANUEL.- **(Para sí.)** ¡Qué ideas tan peligrosas!...

CLAUDIA.- ¿Murmuraba?...

MANUEL.- Perdón. Es que sus ideas me pillan un tanto descolocado.

CLAUDIA.- Bien. **(Decidida.)** ¿Y de mi invitación qué? ¿Se viene a la sierra?

MANUEL.- **(Dudando.)** ¡Uf!... La tentación es muy seria, pero, no creo que deba aceptar... Ya le he dicho que existen normas que obligan.

CLAUDIA.- Venga, no se haga tanto de rogar... ¿Usted sabe lo bien que lo podemos pasar lejos de la civilización y en contacto con la naturaleza?

MANUEL.- No me tiente, Claudia, no me tiente.

CLAUDIA.- **(Llega hasta él sentándose en el brazo del sillón.) (En plan persuasivo.)** ¡Ande no sea malo!... ¡Hágalo por mí para que no me tenga que quedar en casa!... ¿Sabe lo mal que se está sola en la ciudad en verano?

MANUEL.- **(En lucha consigo mismo para no sentarla sobre sus rodillas.) (Sin convicción.)** No insista, mujer, no insista.

CLAUDIA.- Hagamos un trato. Yo voy con usted a la boda esa, y usted se viene conmigo al campo, ¿vale?

MANUEL.- **(Aparte.)** ¡Huir del fuego para caer en las brasas!

CLAUDIA.- Venga, sea condescendiente...

(CLAUDIA **inicia un arrumaco al que** MANUEL **está a punto de sucumbir, cuando aparece** MARÍA **por la izquierda, quitándose los auriculares del «gualman», que mantendrá en la mano**.)

MARÍA.- No sabía que tuviera usted visita...

CLAUDIA.- **(Poniéndose en pie sobresaltada.)** ¡¡Qué hace aquí María!!

MANUEL.- **(Se levanta componiendo gesto y porte.)** ¿No... le había dicho que estaba María?

MARÍA.- **(Irónica.)** No debe asombrarse. Usted ya sabe que los jueves hago esta casa.

CLAUDIA.- Lo sé desde la semana pasada. Pero hoy «es miércoles».

MANUEL.- **(Riéndose.)** No, Claudia, hoy es jueves. ¿Cómo ha podido equivocarse en la fecha?

CLAUDIA.- **(Confusa.)** ¿Jueves?...

MARÍA.- Por lo visto este mes es propicio a no saber en qué día se vive. Menos mal que yo no me equivoco, porque si no, ¡iba a encontrar en las casas cada cuadro!...

MANUEL.- **(Circunspecto.)** Aquí no había cuadro que ver, ¿eh?...

CLAUDIA.- (**Desafiante a** MARÍA.) ¿Y si lo hubiera habido qué?

MARÍA.- No, si por mí... ya saben. Yo, además que no me asusto por nada, soy de las que piensan que las ocasiones se deben aprovechar siempre que se presentan.

MANUEL.- ¿De verdad lo cree?

MARÍA.- Desde luego. Con bastantes cosas negativas nos tropezamos cada día como para dejar pasar las buenas. Miren, yo, «sin vanidades tontas», no dejo escapar una.

CLAUDIA.- **(Aparte.)** Y a mí que me cae bien esta mujer.

MANUEL.- No deja usted de asombrarme, María.

CLAUDIA.- ¿Y le salen rollos muy a menudo?

MARÍA.- No tantos como quisiera. Pero para este fin de semana, por ejemplo, me han invitado a pasar dos días de juerga, en una casa de campo, de un pueblo perdido en la sierra.

MANUEL.- **(Escamado.)** ¡Oiga! Aunque sé «que entra en su sueldo», ¿no habrá estado escuchando nuestra conversación?

MARÍA.- Le prometo que no. Porque desde la cocina, con la lavadora centrifugando y oyendo por el «gualman» a los «Sex Pistols», no se entera una de lo que se habla en casa.

MANUEL.- Menos mal...

MARÍA.- **(Guardando los auriculares en el bolsillo.)** Y de verdad que lo siento.

CLAUDIA.- ¿Sí?

MARÍA.- Sí. Porque ahora no pararé de elucubrar, imaginando todo lo que se ha contado a mis espaldas.

CLAUDIA.- **(Cínica.)** Si tiene mucho interés se lo contamos.

MANUEL.- ¡Qué disparate! ¡Vamos, no faltaría más que le tuviéramos que contar nuestras cosas!

MARÍA.- **(Circunspecta.)** ¡Don Manuel! Yo no le he pedido ninguna explicación.

MANUEL.- ¡Hasta ahí podíamos llegar!

MARÍA.- Así que yo, si usted quiere, me vuelvo ahí dentro y seguiré maquinando para sacar mis propias conclusiones.

CLAUDIA.- Pues no sé qué será mejor, porque imaginación no le falta.

MANUEL.- Eso es casi un chantaje.

MARÍA.- Por cierto. (**A** CLAUDIA.) ¿Le importa si le formulo una pregunta íntima?

CLAUDIA.- **(Divertida.)** Formúlela a ver qué pasa.

MARÍA.- ¿De qué marca es su sujetador?

CLAUDIA.- **(Con naturalidad.)** De ninguna. Yo no uso...

MANUEL.- **(Con los ojos como platos mirándole el busto.)** ¿Nooooó?

MARÍA.- **(Aparte.)** ¡Qué envidia! (**A** CLAUDIA.) Me refería al que se dejó aquí el jueves pasado.

CLAUDIA.- ¡Ah!, ¿me lo dejé aquí? Menos mal, creí que lo habría perdido en el autobús.

MARÍA.- ¡La metí! **(A** MANUEL **en tono de excusa.)** Pensé que ya se lo habría devuelto...

MANUEL.- **(Apuradísimo.)** Pues no... Se me olvidó hacerlo... Cualquiera puede olvidarse de algo, ¿no? (**A** CLAUDIA.) Recuérdeme que se lo dé antes de marcharse...

CLAUDIA.- No era mío. Era un encargo que me hizo una compañera de clase, y con las prisas por recoger mis cosas al marcharme se debió salir del bolso.

MARÍA.- La razón de mi pregunta no era importante. Es que, como yo tengo un amigo que diseña ropa interior...

CLAUDIA.- ¡El marica!

MARÍA.- Ese. Por amistad, le tengo informado de cuantas novedades veo. A veces le puede resultar útil.

CLAUDIA.- Ya me gustaría ver alguna de sus colecciones, porque para la ropa interior, los modistas hay que ver cómo se las maravillan.

MARÍA.- Nada más fácil; cuando quiera quedamos una tarde y le visitamos. Lo primero que hará será tomarle medidas para prepararle algún conjunto. Es una gloria de hombre.

MANUEL.- **(Aparte, mientras recoge su vaso y le agrega un chorro de licor.)** ¡Y eso que es marica!...

CLAUDIA.- Sí, quedaremos porque me hace mucha «ilu». ¿Es caro?...

MARÍA.- Sí, mire. Para qué le voy a decir otra cosa. Es bastante caro… Si comparamos el precio de un conjunto hecho por él a otro comprado en una tienda, casi se triplica.

CLAUDIA.- ¡Caray!

MARÍA.- ¡Pero qué quiere, hija, dónde va a compararse una prenda con otra!

CLAUDIA.- Lo que pasa es que todas no podemos permitirnos esa clase de lujos. Para poder vestir a la medida, hay que ser, por lo menos, asistenta por horas.

MARÍA.- Eso es verdad, yo antes no podía permitirme ciertos caprichos. Y no vaya a pensar que ahora puedo despilfarrar, porque aunque me lo gane bien, está todo carísimo.

MANUEL.- **(Aparte.)** Qué me va a contar a mí...

(Se apoya sobre cualquier mueble en segundo término, desde donde las observará mientras consume su bebida.)

MARÍA.- Pero en ciertas cosas no se debe escatimar.

CLAUDIA.- En ropa interior, por ejemplo.

MARÍA.- Así es. Una nunca sabe en lo que se puede ver...

MANUEL.- **(Aparte.)** ¡Mira!...

CLAUDIA.- ¿Y «se ha visto» en algo interesante últimamente?

MARÍA.- ¡Huy, si yo le contara!...

MANUEL.- Pues cuente, mujer, cuente. No se prive.

MARÍA.- No es el momento. Además podrían pensar que pretendo marcarme algún farol; y sobre todo no voy a contar ciertas cosas delante de un hombre.

MANUEL.- Si yo soy casi como de la familia...

CLAUDIA.- ¡Eso!

MARÍA.- ¡Menudo familiar está usted hecho!

CLAUDIA.- ¿Cuál es su tipo de hombre?

MARÍA.- Por supuesto el hombre hecho; cuarentón sin pasarse y a ser posible extranjero.

MANUEL.- ¿Y a qué viene esa hispanofobia?

MARÍA.- No tengo nada contra los españoles, pero los de fuera me ofrecen más garantía.

CLAUDIA.- Es curioso, porque de la fama del «latin lover» se ha hablado mucho... Y si es en la literatura, los españoles en el amor...

MARÍA.- **(Tajante.)** ¡Lo hacen poco, y mal!

MANUEL.- ¡Atiza!

CLAUDIA.- **(Riéndose.)** ¡Quién lo pensara!...

MARÍA.- **(Ponderativa.)** ¡Donde se ponga un leñador canadiense!...

MANUEL.- **(Aparte.)** Esta le crea un complejo a cualquiera...

MARÍA.- Lo que pasa es que tampoco hay muchos donde escoger. Como los buenos no se prodigan y una no puede ir por ahí con un cartelito, pues hay que ir aprovechando lo que se presenta, y si el resultado no es, digamos, «superplús», al menos se van coleccionando experiencias, que tampoco está mal para estos tiempos que corren.

MANUEL.- ¿Y no le ha dado por volver a casarse?

MARÍA.- No, señor. Con una vez ya he tenido bastante.

CLAUDIA.- No sabía que hubiera tenido marido.

MANUEL.- Sí. Se le fugó con una «sociata».

CLAUDIA.- **(Riéndose.)** ¡Ya se ve que la política es perniciosa!... Bueno... **(Al tiempo que recogerá el bolso que dejó sobre el sofá.)** Se me ha hecho tarde y me están esperando mis amigas, por lo que voy a tener que marcharme. **(Se queda de pie junto al sofá mirando a** MARÍA **descaradamente.)**

MANUEL.- **(Mirando también a** MARÍA **con insistencia.)** Es que hay que ver «lo rápidas que se pasan las horas», cuando se está entre tanta gente...

MARÍA.- **(Mirando a ambos alternativamente.)** ¡Mensaje recibido! Siempre tuve muy claro que en la intimidad dos son compañía, y tres, multitud.

(Recoge el vaso que utilizó CLAUDIA **y le quita de la mano a** MANUEL **el suyo. Seguidamente marca el mutis a la izquierda.)**

Me voy a limpiar esto, y de paso **(Con sorna.)**, a ver si desconecté la lavadora.

Escena III

CLAUDIA **y** MANUEL**, después** MARÍA.

CLAUDIA.- **(Riéndose.)** No me negará que María es un encanto.

MANUEL.- Un poco especial... pero sí. No le vamos a rebajar sus méritos.

CLAUDIA.- **(Yendo junto a** MANUEL **hasta situarse peligrosamente cerca.)** Y bien. ¿Ya ha decidido si va a venir a la sierra?

MANUEL.- No... Todavía no.

CLAUDIA.- ¿Tanto ha de pensarlo?

MANUEL.- No crea que es fácil tomar una decisión así.

CLAUDIA.- ¡Cualquiera diría!... Después de todo sólo se trata de una inocente salida al campo.

MANUEL.- ¡Pero qué salida!...

CLAUDIA.- No entiendo qué quiere decir.

MANUEL.- Creo que sí me entiende. Y sabe también que mi aceptación a ese viaje supondría decir sí a muchas otras cosas.

CLAUDIA.- Es usted demasiado conservador y eso no es bueno. Hoy se funciona de un modo más abierto... Con amistad más superficial, se llega sin embargo más fácilmente a la intimidad.

MANUEL.- **(Aparte.)** A eso le temo. (**A** CLAUDIA.) No sé, aún no lo tengo muy claro.

CLAUDIA.- **(Acosándole y aproximándose más.)** Pienso seguir insistiendo, ¿sabe?

MANUEL.- **(Sudando tinta.)** Bueno... Déjeme al menos que lo medite esta noche y mañana o pasado le contestaré.

CLAUDIA.- ¡Eso! Consúltelo con la almohada y mañana le llamo por teléfono.

MANUEL.- **(Huyendo de ella con un pretexto.)** ¡Ah, se me olvidaba devolverle «la prenda que se dejó de su amiga»!

CLAUDIA.- **(Reteniéndole.)** Es igual, como no es urgente ya la recogeré otro día.

MANUEL.- ¿No la echará de menos?

CLAUDIA.- Seguro que no. Ella tendrá otros.

MANUEL.- Siendo así...

(Colgándosele al cuello, CLAUDIA **le besa.)**

CLAUDIA.- **(Tras el beso, al que él cede.)** ¡Hasta pronto, mi querido «profe»!

(Marca el mutis a la salida y abre la puerta.)

Mañana le llamaré para conocer su decisión... Y por la prenda no se preocupe. Cualquier otro día que vuelva...

MANUEL.- Correcto... pero ya sabe; ¡«nunca más en jueves»!

CLAUDIA.- Descuide que a partir de ahora tendré muy en cuenta estudiar el calendario. «Chao.»

(Le envía un beso con los dedos y hace mutis cerrando tras de sí.)

(En tanto MANUEL **queda mirando satisfecho a la salida,** MARÍA **aparece a la izquierda observándole irónica.)**

MARÍA.- ¿Se fue?...

MANUEL.- **(Como en una nube.)** Sí...

MARÍA.- Parece que se hayan puesto de moda los jueves para hacer visitas...

MANUEL.- **(Recomponiendo el gesto.)** ¿Cómo?...

MARÍA.- **(Con sorna.)** Que a lo mejor ahora ese día tiene algún encanto nuevo.

MANUEL.- No sé por qué... Además, ¿es que la gente no puede hacer sus visitas cuando le apetezca?

MARÍA.- Sí. Aunque sea en jueves.

MANUEL.- ¡Ya estamos con sus enigmas!

MARÍA.- No me haga caso, son cosas mías...

MANUEL.- **(Mirándola fijamente.)** ¿Y bien?...

MARÍA.- **(Señalando.)** ¿Puedo terminar ya con la sala?

MANUEL.- ¡Sí, sí!... Termine, termine con su trabajo.

(En tanto MARÍA **pone la aspiradora en marcha,** MANUEL **toma un libro y va a sentarse en el sillón disponiéndose a leer.** MARÍA **pasa el aparato junto a él y** MANUEL**, automáticamente, recoge las piernas. Ante otra pasada inmediata, él sube los pies al sillón acuclillándose.)**

(MARÍA**, deteniéndose, apaga la aspiradora y se queda mirando a** MANUEL **con gesto irónico.)**

(MANUEL**, ante el cese del zumbido levanta la vista inquiriendo a** MARÍA.)

MANUEL.- ¿Ya?...

MARÍA.- ¿Sabe que estoy pensando una cosa?...

MANUEL.- ¿Sí?... ¿Qué cosa?

MARÍA.- **(Muy maligna.)** Que he decidido cambiar mi día de trabajo en esta casa «a los miércoles».

MANUEL.- **(Se mi levantándose sobre el sillón, mientras se le cae el libro de las manos y con gran gesto de sorpresa.)** ¡Nooóóóoo!

(En tanto suena una musiquilla jocosa, desciende rápidamente el telón.)

FIN DE LA COMEDIA